

RECUERDOS HISTÓRICOS  
de  
**CIUDAD-RODRIGO,**  
O

LEYENDAS TRADICIONALES MIROBRIGENSES

FOR

Don Eope Domenech y Bastamante.



CIUDAD-RODRIGO:  
*Imprenta de Pedro Tegea.*

1880.

LIBRARY OF THE

CITY OF BOSTON

RECEIVED

1862

THE CITY OF BOSTON

RECEIVED

5-2-10

DGCL  
A

PRIMERA LEYENDA.

# DOÑA MARÍA ADÁN.



CDTA 37.136  
C.B. 1042569

R. 31080

6000  
h

PRIMERA LEYENDA

---

*Es propiedad del autor.*

---



## I.

En el propio sitio que hoy ocupa la magnífica capilla de Cerralbo, se veía á principios del siglo XIV un vetusto palacio, propiedad de la noble dama y señora de Cerralbo doña María Adán; quien lo habitaba con su esposo don Sancho Perez, y con su bellísima y única hija doña Inés el año de 1535, en que principia esta historia. Eran las doce de la noche del día 20 de Junio, cuando á través de una de las rejas del palacio ocurría el siguiente diálogo entre una jóven criada de la casa y un gallardo embozado que desde la calle la interrogaba á su placer en esta forma.

—¿Con qué no veré esta noche á doña Inés?

—No digo eso, caballero, sinó que saldrá tarde.

—¿Y por qué?

—Porque la señora no se ha acostado todavía: mi señor don Sancho, ha marchado hace poco de viaje.

—¡Diablo de ocurrencia!—dijo el embozado impacientándose...—¡Buenas horas están estas de viajar!

—Bajad un poco la voz y tened la vovdad de acercaros, pues tengo que hablaros sobre el particular...

—Hola...—dijo el caballero acercándose con interés y haciendo resonar al verificarlo, sus espuelas y su espada.

—Hoy han ocurrido cosas muy estrañas... Se han presentado por primera vez en casa los Garcí-Lopez... Entraron muy risueños y han salido furiosos... no sé lo que habrá pasado durante la visita, pero sí que despues de ella han reñido con mi señor y con otros caballeros regidores que se pusieron á su favor...

—Calla, Isabel,—dijo á este tiempo una voz dulce y triste que á continuacion anadió:—Retírate ya.—La criada obedeció y doña Inés ocupó el lugar que ella había ocupado.

—¡Oh mi bella Inés!—exclamó el caballero acercándose á la reja cuanto pudo,—cuánto has tardado; ¿qué ocurre pues?

—Estoy muy triste, Pacheco. Anoche has hecho que me fijara en un pensamiento que hoy he visto realizado en cierto modo...

—¡Cómo!... ¿Tal vez la visita de los Garcí-Lopez de que me acaba de hablar Isabel, ha tenido por objeto la reconciliacion de las dos familias por medio de un enlace matrimonial?

—Esa es la verdad; pero sosiégate porque no es eso lo que me inquieta. Sabe que una de las razones que en confianza me ha manifestado don Sancho mi padre como la principal de su negativa á tan inesperada solicitud, es nada ménos que el tener prometida mi mano al marqués de... ¿Pero qué importa su nombre? No es tampoco esto lo que yo hallo más terrible para nuestro amor, porque mi padre anadió que al ofrecer mi

mano se había reservado el derecho de consultarme y de resolver según mi elección... Lo que me ha contristado sobre manera, lo que me ha afectado dolorosamente haciéndome ver la exactitud de cuánto me digiste anoche, es que mi padre no me concederá nunca en matrimonio sino á un título de Castilla... Así me lo ha manifestado hoy colmándome de caricias que para mí fueron en tal ocasión bien dolorosas...

—Sosiégate, Inés mia...—exclamó el caballero afectando una calma que en realidad no tenía.—Tú sabes muy bien que he sentido este acontecimiento ántes que se realizara... Mil veces te había dicho, temo la rivalidad de tu casa con la de los Garci-Lopez, porque se ha puesto en boga el terminar estas desavenencias del modo que has presenciado hoy... y otras mil te había asegurado también, que aún me asustaba más que esto el esplendor que rodeaba tu casa y la casualidad que me hizo nacer el último de mis hermanos... Pero... vuelvo á decirte que te sosiegues, porque todo ésto existía ayer tan realmente como hoy... y sobre todo, porque... ¡te amo Inés!—dijo el caballero con un trasporte imposible de describir:—y tengo por cosa tan grande este amor... que creo que si fuera necesaria una corona para llegar hasta tí... ¡la alcanzaría!

—Pacheco, Pacheco,—gritó en éste momento y con reprimida emoción la enamorada niña:—¿No oyes pisadas de caballos?

—Sí,—dijo volviendo de su enagenamiento el caballero;—y por cierto es cosa estraña que á estas horas...

—Ah, no... yo me lo esperaba... ó mejor dicho... lo temía... me lo decía el corazón...

—Pero... ¿qué?

—Ante todo, Pacheco,—dijo doña Inés interrumpiéndole precipitadamente:—hazme el favor de retirarte un momento, porque si es lo que temo... esos ginetes van á pasar por aquí y...

No pudo decir más: la cabalgata se hallaba ya tan cerca que Pacheco no tuvo tiempo para otra cosa que para colocarse detrás de una esquina inmediata á la ventana de doña Inés... Pasaron pues los ginetes, causa del sobresalto de doña Inés, y el caballero Estéban Pacheco los vió desfilar por delante de sí con aquella tranquilidad serena é imperturbable que caracteriza siempre al hombre de verdadero valor. Contó hasta ocho, cinco de los cuáles iban delante, siguiéndoles con el respetuoso silencio de criados, los tres restantes. Tan luego como hubieron traspuesto por una de las esquinas de la calle en direccion á la puerta del Conde, nuestro jóven y gallardo caballero volvió á ocupar su puesto bajo la reja de doña Inés, cuyas reticencias le habían dejado poseído de una vehemente curiosidad.

—¡Inés!—exclamó,—espílicate por Dios, pues afirmaríá que empiezo á participar de tu inquietud.

—Pacheco,—dijo aquella con voz llorosa,—esos hombres van á matar á mi padre... él no lleva más que tres criados!...

—¡Cómo!—replicó aquél movido por una corriente eléctrica que hizo ondear airosamente en

medio de las sombras de la noche, la hermosa pluma de su sombrero.

—Ay... sí... me lo decía el corazón... el desaire de esta mañana ha agriado la rivalidad de las dos familias... no podía ser menos...

—¿Luégo creés que son esos los Garci-Lopez?

—No me cabe duda,—respondió con voz entrecortada doña Inés, añadiendo con creciente emoción:—pocas horas habían trascurrido desde la visita que sabes, y ya mi padre y otros caballeros regidores tuvieron que rechazar á mano armada un ataque violento que contra ellos dirigieron los del bando de los Garci-Lopez, sin otra causa ni motivo que una leve disidencia suscitada entre unos y otros sobre la provision de no sé qué oficios. Esta cuestion llegó á tomar desde entónces un interés que no tenía de por sí. . Mi padre obtuvo en ella un éxito desfavorable, y segun parece juró llevarla hasta el extremo... Juró que llegaría á noticia del rey.—«Partid cuando gustéis»—le digeron entóces con marcado desdén algunos del bando opuesto, y él replicó: «esta noche misma, caballeros»—«pues allá iremos todos,» añadieron estos enfurecidos, y ya ves, Pacheco, que lo cumplen.

—Pero bien, Inés, aunque así sea... aún suponiendo que sean ellos... ¿por qué han de matar á vuestro padre?...

—¡Ah!... no conoceis por lo visto el ódio de los dos bandos... no digo de noche... de dia que se encontráran sólo, se provocarían y matarían... y ya véis si se encontrarán dentro de poco, siendo así que apénas se llevan una hora de distancia!...

—dijo deshecha en lágrimas y con desgarrador acento doña Inés.

Hubo un momento de silencio... durante el cual un estremecimiento imperceptible agitaba el brioso y elegante cuerpo del caballero.

El acento y las lágrimas de doña Inés habían conmovido tan fuertemente su corazón, que su hermosa figura se irguió instintivamente, mostrando por completo la varonil belleza de que estaba dotado. El aventurero en fin se hallaba ya, y por decirlo de una vez, en medio de su elemento, y en su verdadero terreno...

—Una pregunta,—exclamó por último con una voz tan imponente que hubiera hecho estremecer á todos los Garci-Lopez del mundo, cuánto más á doña Inés:—¿Serían capaces esos caballeros de no respetar la desigualdad del número si se encontráran con vuestro padre?

—Ah, no...—dijo la tímida doncella.—No la respetaron esta mañana y tampoco la respetarán esta noche... Los bandos, Pacheco, están prostituyendo y manchando los más distinguidos timbres de nuestra nobleza ..—añadió doña Inés con un arranque muy propio de su hidalguía.

—Basta, pues,—dijo despidiéndose el caballero:—hasta mañana, Inés.

—¿Dónde vás?—preguntó ésta al notar un no sé qué de extraño en el acento de Pacheco, quién la contestó levantando en alto el sombrero.

—A hacer ver á tu padre, que valen más los hombres que los títulos de Castilla.

Y el aventurero se marchó... y doña Inés dió un suspiro... y se cerró la ventana...

En cuarto de hora despues salía á galope por la puerta del Conde un ginete, y era el tercero que en aquella noche había solicitado y obtenido del gefe de la plaza el que se le abrieran las puertas, para negocios de importancia y del servicio del rey...

## II.

Tres dias despues de los acontecimientos que dejamos bosquejados en el capítulo precedente, no se hablaba en Ciudad-Rodrigo de otra cosa, que del encuentro habido entre vários parciales de los bandos de Garci-Lopez y de Cerralbo, de cuyo encuentro había resultado muerto el caballero don Sancho Perez. Entónces como ahora, los corrillos de gente curiosa y desocupada eran los compiladores natos de toda suerte de noticias; y en ellos por consiguiente se refería y comentaba por estenso, el acontecimiento que nos ocupa. Decíase, pues, en sus interminables conferencias, que el choque de los dos bandos había sido terrible... que no era sólo la desgracia de don Sancho Perez la ocurrida en esta ocasion: que había mucho empeño en ocultar y desfigurar el suceso, pero que apesar de ello se sabía que tres caballeros no sólo del bando, sinó del linage mismo de los Garci-Lopez, se hallaban gravemente heri-

dos... que en lo más encendido de la refriega, se había parecido como por encanto, un caballero armado de punta en blanco, y de un valor y esfuerzos sobrenaturales y misteriosos, el cual según unos era cosa del otro mundo; y según otros, era un hombre de carne y hueso como los demás: que este tal caballero ó fantasma, hombre ó espíritu, se había arrojado á la carrera contra el bando de Garci-Lopez, y que después de tirar por tierra á varios ginetes, había acuchillado y herido gravemente á los tres caballeros de quienes se ha hecho mencion, y esto con tan grande esfuerzo y valentía, que personas que lo vieron, afirmaban que hubiera concluido él sólo con todo el bando, sinó diera la casualidad de caer muerto á la sazón el caballero don Sancho Perez, desde cuyo momento, el incógnito se dedicó á socorrerle, creyéndole herido nada más, y los de Garci-Lopez se retiraron sin atreverse á molestarlos. Por último añadian á tales pormenores, que el desconocido había desaparecido sin saber cómo, cuándo, ni por dónde: y que nadie había vuelto á saber de él, ni podido averiguar tampoco quién era, por qué, ni de qué país había venido, ni dónde se hallaba: en cuyas misteriosas y singulares especies se atrincheraban grandemente los que sostenian lo maravilloso del suceso, negando en el incógnito la humanidad y admitiéndole sólo el espíritu, apesar de sus antiplatónicos argumentos.

Tamañas contradicciones no fueron sin duda del gusto de los principales historiadores que se ocupan del hecho, puesto que omitiendo tan

interesantes pormenores, se contentaron con decir "que con motivo de la provision de ciertos oficios, ocurrió por entónces, un choque entre vários caballeros regidores, y los del linage de Garci-Lopez; del cuál resultó la muerte de un caballero del bando contrario, llamado don Sancho Perez." Más no hallamos razon para desentenderse así, tan absolutamente, del proverbio que hace un oráculo de la voz del pueblo: y tanto ménos, cuánto que lo que nos resta que decir, confirma en gran manera la tradicion relacionada como veremos despues.

Había en el palacio de Cerralbo un estrado triste y sombrío destinado única y exclusivamente para las épocas de mayor luto y afliccion de la familia. Sus colgaduras y muebles, eran enteramente negros.

En esta sala, se hallaba la muy noble y afligida señora de Cerralbo abatida por su dolor y acompañada únicamente de su interesante hija doña Inés en la época que nos ocupa, ó sean tres dias despues de la terrible y violenta muerte de su esposo don Sancho Perez. Vestida de jerga, con los piés descalzos, suelto el cabello y rodeada su cintura con cinco vueltas de tosco esparto, presentaba esta señora el más perfecto tipo del dolor de una viuda hidalga y española. Hallábase en pié y como agitada por ocultos pensamientos. Se había hecho repetir cien veces la triste historia, y otras tantas había dirigido á sus criados y escuderos mil preguntas acerca del caballero que tanto se distinguió en favor de su esposo. Pero sus criados no eran en esta parte más afortunados que

el público. Es verdad que ellos habían suministrado, en su mayor parte, las noticias que por aquél se comentaban, y referían; pero ninguna otra cosa podían añadir, porque nada más sabían. Así es que su señora los había mandado salir con algun desabrimiento, quedándose sin otra compañía que su hija en la sala en que la hemos encontrado. La interesante y bella doña Inés se hallaba á su vez doblemente combatida. El cariño filial la retenía noche y dia al lado de su madre, orando continuamente sobre su reclinatorio, y sin embargo no por eso olvidaba ni un instante, al que segun adivinaba, distraía también no pocas veces la inquieta imaginacion de aquella infeliz madre.

¡Cuánto entusiasmo y agradecimiento sentía su corazón hácia el que amaba! ¡Oh!... él no pudo hacer más de lo que hizo... y la admiracion que no pocas veces y á pesar de su afliccion veía pintarse en el semblante de su madre cuando del incógnito hablaban los criados, la confirmaban más y más en su juicio, y la llenaban de complacencia, al considerar que él era la causa de las tréguas únicas que aquel dolor inmenso experimentaba... Pero al propio tiempo... cuántos motivos de inquietudes... Nadie, ni aún Isabel la daba noticia alguna... ¿Dónde se hallaba? ¿Estaría herido? ¡qué terrible pensamiento!... decía para sí doña Inés, mezclando unas lágrimas con otras, y todas ellas bien amargas por cierto.

Tales eran las alternativas de la madre y de la hija, y tales las aterradoras consideraciones en que la última acababa de fijarse, cuando aquella aceptando por fin una idea en su inquieto pensa-

miento exclamó:—¡Oh, yo le hallaré aunque me cueste cuánto tenga!... ¡Sí... necesito de él... necesito un brazo de hierro que me vengue... ¡Todo por él!... ¡venganza!... ¡venganza!!!—Y salió por primera vez de la habitacion dejando á doña Inés con la sorpresa y aturdimiento que obró en ella tan singular coincidencia entre sus propios pensamientos y las exclamaciones de su desesperada madre. Pero ¿á dónde ha ido ésta?... ¿Y qué es lo que intenta?...—«Ella le hallará...—dijo,—y no puede ménos de ser él á quién busca,»—añadió con creciente emocion doña Inés,—y nunca intentó su madre cosa que no consiguiera...—¡Oh! ¡ésto es demasiado! Dios mio... yo no sé lo que siento aquí... en el corazon, placer... dolor... esperanza... sobresalto... ¡yo no lo sé!...—concluyó diciendo doña Inés, oprimiéndose el pecho con ambas manos, y dirigiendo una mirada suplicante al precioso crucifijo de marfil, colocado sobre su reclinitorio. Y en efecto, lo que sufría doña Inés era extraño, violento, indescifrable... El padecer y el gozar... todos lo comprenden, porque esas voces son la historia del pobre corazon humano... pero decir con palabras, pintar con colores lo que es una cosa y otra, y sobre todo lo que son ambas juntas, obrando á la vez y en un corazon como el de doña Inés... eso es imposible.

Dos horas habían trascurrido desde la salida de la madre, y dos horas hacía por consecuencia que duraba el angustioso estado de la hija. Mil veces intentó ésta correr trás de su madre y pedirla explicacion de sus proyectos, revelándola para obtenerla su secreto y sus angustias: pero otras

tantas la detuvo la congojosa flaqueza que sufría, y más aún la timidez propia de su carácter y de su respeto filial. Doña María Adán había salido de la habitación con la imponente magestad de una reina, y su tono resuelto, conciso é imperativo, hacía por otra parte comprender muy bien á doña Inés, que su madre se hallaba en aquellos momentos decisivos en que era imposible resistirla, porque en ellos á nadie ni por nada cedía en el mundo.

El carácter de esta mátrona fué verdaderamente grande y admirable. Más noble aún por su corazón que por su estirpe, supo unir la ternura y atractivos de la mujer más sentimental, con la magnanimidad, génio y entereza del héroe... y sin salir jamás de su esfera, se conquistó en la historia un lugar distinguido entre las mujeres fuertes.

Empezaba á brotar una nueva inquietud en el combatido corazón de doña Inés, cuál era la dilatada ausencia de su madre, cuando la llamó la atención un ruidoso estruendo de tambores y cornetas que sonó bajo la ventana de la habitación en que se hallaba. Cesó el estrépito, sucedióle un profundo pero momentáneo silencio y por fin oyóse un pregon... La voz pública anunció en sustancia que doña María Adán, señora de Cerralbo, y viuda del caballero don Sancho Perez, ofrecía en matrimonio á su única hija doña Inés, dotada con su villa de Cerralbo, y con otras muchas más al que se presentára á mantener campo contra los cinco caballeros del linage de Garci-Lopez, que dieron la muerte á don Sancho

Pérez... Dicho lo cuál, calló la voz y sonó otro estrepitoso redoble que ahogó un agudo grito lanzado por doña Inés.

—¿Qué quiere decir eso, madre mia?...—exclamó aquélla dirigiéndose á la señora del Cerralbo que en éste momento acababa de penetrar magestuosa y altiva en el fúnebre recinto, cuyas bóvedas resonaban todavía con los últimos ecos del tambor. La noble dama se puso entónces una mano sobre el corazón, y señalando con la otra un enlutado dosel que había en la sala, bajo del cuál se hallaba colocado el escudo de armas de don Sancho Pérez, exclamó á su vez.

—Eso quiere decir que principian hoy las honras ó funerales de vuestro padre... y que tomáis parte en ellos porque sois su hija...

Doña Inés bajó la cabeza sin replicar ni una palabra... y la señora de Cerralbo continuó con su acostumbrado tono.

—Cinco cargaron sobre vuestro padre... cinco fueron sus asesinos... y por eso son cinco tambien las vueltas de esta cuerda que oprime mi cintura... Si uno á uno caen los que causaron mi viudez... una á una caerán tambien estas vueltas que en mal hora los representan... más de otro modo, ellas me acompañarán hasta el sepúlcro... ¡yo lo juro!... Ahora bien, todo ello depende talvez de ese pregon. ¡Mandádlo retirar si así os place!...

Doña Inés, que en todo pensaba ménos en oponerse á la voluntad de su madre, continuó inmóvil en aquella especie de postracion y de aparente insensibilidad en que la sumergió la primera res-

puesta de la altiva señora de Cerralbo; y ésta se dirigió con paso lento á su reclinatorio, donde continuó con mayor calma que ántes sus interrumpidas oraciones.

Todo quedó en silencio en aquélla fúnebre estancia, y sólo de vez en cuando se percibían las respiraciones de la hija y de la madre, ó el lejano rumor de los tambores que resonaban en diferentes puntos de la ciudad, reclamando silencio, para hacer pública la voluntad de la señora de Cerralbo.

### III.

Doña María Adán hizo promulgar su oferta y demanda, no sólo por la ciudad de Ciudad-Rodrigo, sinó tambien por toda la comarca de la misma. Ocho dias habían trascurrido únicamente, y ya se disponía á hacer que sus querellas resonáran por ámbitos mucho mayores, para cuyo efecto se había retirado á su cámara, cuando un criado se presentó á pedirla audiencia en nombre de cierto caballero que, segun dijo, acababa de apearse á las puertas del palacio. No pudo el criado usar de la palabra «caballero» con más oportunidad. Ella obtuvo el éxito de la más completa credencial, y al oirla doña María no creyó sin duda necesarias más esplicaciones, pues que contestó precipitadamente:

—Conducidle á esta habitacion.

El criado salió, y á poco rato se presentó de nuevo en el dintel de la puerta acompañado del caballero, á quien anunció en esta forma:

—Señora: el caballero Estéban Pacheco, hijo menor de don Diego Lopez Pacheco, privado de S. A. don Alonso IV, rey de Portugal, solicita el honor de besaros los piés y de suplicaros le permitais hacer suyos vuestros agravios y vuestra causa.

La voz calló y doña María Adán clavó por un momento su altiva mirada en el marcial continente del caballero. Sin duda que esta breve inspeccion la satisfizo, á juzgar por la marcada complacencia con que pronunció las primeras palabras.

—Acercáos—dijo,—caballero.

Este se acercó, y como tratára de hincar en tierra una de sus rodillas, la señora de Cerralbo le contuvo diciendo:

—Aprecio vuestra humildad... pero necesito vuestra sobórbia.

Pacheco levantó la cabeza, dejando ver en su semblante esa placentera sorpresa que produce en el alma toda afinidad de sentimientos.

—Mandad... disponed...—replicó acomodando galantemente su lenguaje al estilo de su interlocutora.—Hé aquí mis credenciales; ved, señora, si algo más se necesita para fallar sobre mis súplicas.

—No necesito vuestras credenciales... están escritas en vuestra frente,—dijo doña María refiriendo con naturalidad la mano del caballero, y añadiendo enseguida;—admito vuestras ofertas; pero escuchad las condiciones.

—Hablad.

—Habeis de salir vencedor...

—Lo juro.

Esta vez fué doña María quién se sorprendió.

—No obstante,—continuó,—sostendreis para siempre bando y guerra contra los Garci-Lopez...

—Así lo haré y á muerte... Tengo muchos motivos para ello.

Doña María quedó algun tanto pensativa al oír esta última parte de la respuesta; pero como siempre prevaleció en ella, la señora sobre la mujer... la curiosidad cedió á la circunspeccion.

—Hé concluido,—dijo,—teneis ámplios poderes para representar mi persona y derechos en esta cuestion,—y alargó á Pacheco un pliego sellado en que así lo declaraba.

El caballero tomó el pliego, y saludando cortesmente salió de la habitacion con el respetuoso amor de un hijo, y con el ardiente entusiasmo de un amante.

Doña María lo siguió con la vista, y al contemplar aquélla varonil belleza y la indefinible mezcla de fuerza y de hermosura, de juventud y de entereza, de elegancia y de marcialidad, que en ella resplandecian, no pudo ménos de exclamar:

—¡Todo lo hallé por fin!... ¡Satisfaccion á mis agravios... venganza para mi esposo... premio á su defensor... maldicion para mis enemigos... y felicidad para mi hija!

Pacheco á su vez desanduvo várias piezas del palacio, acompañado siempre de su introductor que no lo abandonó hasta dejarlo montado de nuevo sobre su caballo.

Apénas habría caminado veinte pasos el apuesto caballero, cuando exclamó á vista de una jóven que le salía al encuentro.

—¡Isabel!...

—Vengo á deciros...

El caballero no la dejó concluir.

—Dirás á doña Inés que no culpe mi ausencia de estos dias... creí deber respetar su dolor y aunque quise dirigirme á tí, me lo impidió una leve indisposicion.

—Eso es lo único que se me manda saber, si os hallais completamente restablecido.

El caballero la miró como interrogándola... pero adivinando á su vez la causa de tan cariñosa prevision... y notando que principiaban á llamar la atencion á despecho y con impaciencia de Isabel, la contestó espoleando su caballo:

—Díla que nunca me he hallado tan bien como ahora... ni más dichoso tampoco.

Al dia siguiente, el caballero Estéban Pacheco había logrado ya de los Alcaldes y Jueces que entónces gobernaban la ciudad, el que se le concediera y designára campo para la lid; así como tambien el que se marcára á sus contrarios el oportuno plazo para comparecer, que debería principiar á correr desde el instante mismo en que se realizára el «desafiamiento;» despues de lo cuál, nuestro infatigable héroe, retó á los caballeros Garci-Lopez, emplazándoles ante testigos y con las demás formalidades legales, por el tiempo y para el sitio señalado. Él mismo asentó su tienda en el campo prefijado, ó sea en la llanada que arranca desde la ruinas del convento

de San Francisco. Sobre la portada de dicha tienda hizo grabar su escudo de armas, y un poco más arriba, los nombres de los adversarios á quienes esperaba, y á cuyos nombres seguía inmediatamente la fórmula del reto que transcrita en su propio lenguaje decía así:

...«Tórnovos amistad et desafío vos por el tuer to que fecisteis matando muchos contra uno, et alevosamente por ende á don Sancho Perez, porque hé derecho de lo caloñar;» y concluía haciendo espresion del plazo señalado y en que habían de comparecer «so las penas en la ley escriptas.»

Sin embargo de esta especie de conjuro tan temible en aquélla época caballeresca, los plazos de nueve, de tres y de un dias concedidos por la ley, para hacer enmienda, ó para haber consejo de amparamiento, habían trascurrido ya, y empezaba á correr tambien la ampliacion del término ó sea el plazo judicial y perentorio, que á manera de *ultinatum* otorgaban en tales casos las costumbres del país, sin que ninguno de los retados compareciera... La impaciencia pública era pues grande; el espíritu de mordacidad iba apoderándose aún de los más circunspectos, y el caballero Pacheco, «no comprendía tanta calma en asunto tan urgente» como él decía.

Por fin llegó el dia 13 de Agosto de 1335, y todo cambió de aspecto. Bello cuadro presentaba Ciudad-Rodrigo en este dia. Eran las seis de la mañana y toda la poblacion se hallaba ya en movimiento. Innumerables grupos de personas de todas clases y lujosamente ataviadas salían de la

ciudad. La brisa de la mañana embalsamaba la atmósfera. Velanse animados los semblantes con esa especie de embriaguez que produce el entusiasmo, y sentíase atronado el aire con la ruidosa armonía de bélicos instrumentos y con la multitud de conversaciones suscitadas en todas partes con interés igual, y sobre un mismo objeto. La torre principal del palacio de Cerralbo se hallaba coronada con una bandera negra, y en extraño contraste veíase ondear otra encarnada sobre la soberbia morada de los Garci-Lopez. «¡Guerra!» parecía exclamar esta última con altivo ademán... «¡a muerte!» contestaba al parecer la primera con sepulcral é imponente silencio... Y éste y no otro era en efecto el motivo de todo aquél bullicio, aparato y desasosiego. Dos paladines del linage de los Garci-Lopez se habían presentado por fin en la palestra, admitiendo el reto del caballero Pacheco; y en aquél momento se apresuraban todos á presenciar el combate, que debería principiar dentro de breves instantes. Por eso los deudos y parciales de uno y otro bando aprestaban músicas y galas celebrando de antemano la victoria... por eso unos y otros se dirigian impacientes al sitio de la liza, y á ocupar los primeros puestos del palenque... y por eso en fin trebolaban las banderas, sobre las dos casas enemigas...

La hora se acercaba por instantes, y la ansiedad pública rayaba con delirio. Pero... ¿qué era entretanto de la señora de Cerralbo, y de la interesante doña Inés?

#### IV.

—Quédate aquí, hija mia,—decía en este momento la madre de doña Inés con cariñoso acento, y colocando suavemente una de sus manos sobre la rubia cabellera de su hija.—Quédate, sí, y reza... no ya por el alma de tu padre... sinó porque Dios dé fortuna al generoso caballero que vá á esponer su vida por nosotras...

Doña Inés se estremeció bajo la mano de su madre, y ésta continuó diciendo:

—En tales momentos, hija mia, no debemos dirigir nuestras oraciones á otro objeto que á el que acabo de manifestarte... despues rezaremos por tu padre, como hasta aquí lo hémos hecho. En cuanto á mí... tengo más seco el corazon... y puedo sin peligro presenciar á la vez que rezo, el desenlace de mis penas... Voy, pues á rezar al mirador de la torre ancha...

—¡Madre mia!...—dijo llorando doña Inés y cual si pretendiera disuadir á su madre.

—Inés,—añadió doña María con un vislumbre de severidad.

Doña Inés se resignó como siempre á la voluntad de su madre, y ésta salió de la enlutada habitacion... Guiada la señora de Cerralbo por la actividad febril que se había posesionado de su espíritu desde la muerte de don Sancho Perez,

no tardó apenas un minuto en llegar al mirador de la torre ancha. Una vez en él, corrió con avidez hacia la celosía del Norte, y se puso á contemplar el imponente á la par que animado panorama que en aquél momento ofrecía el campo de San Francisco.

Pocos instantes sin embargo, pudo permanecer en semejante contemplacion. Los paladines se hallaban ya frente á frente esperando la señal del combate y montados ambos en briosos caballos, cuya fogosidad apénas podía contener la maestría y fuerza de sus ginetes. La hora suena por fin... Un silencio sepulcral se apodera de todo aquél bullicioso concurso. Los contendientes se afirman sobre los estribos... inclinan sus cuerpos sobre el arzon de las sillas, aprietan con fuerza en sus robustas manos el asta de sus lanzas... y esperan mudos y amenazadores á que suene el eco del clarín. Éste á una señal de los jueces, dejó escapar por último sus bélicos sonidos; y apénas fueron escuchados por los guerreros del palenque, cuando marchan el uno contra el otro con toda la ímpetuosidad de sus bridones. El choque es terrible... Una espesa polvareda se ha levantado sobre los combatientes, cuyo encuentro ha tenido lugar en el centro mismo del palenque, y á la mitad de la distancia en que poco antes se hallaban colocados... Doña María Adán observa con serenidad todos estos incidentes y aunque su vista no logra penetrar la espesa nube de polvo que oculta la contienda, impidiéndola descubrir sus pormenores, sigue no obstante con los ojos fijos en aquél confuso cuadro.

Pero de pronto un grito universal lanzado por toda aquélla inmensa turba de espectadores, que hasta entónces no se había atrevido siquiera á respirar, indica bien á las claras que el drama ha llegado por fin á su desenlace. Y en efecto, el caballo de García Lopez Leiva sale desbocado huyendo del sitio de la contienda. Pero no es esto sólo: su infeliz dueño arrastrando á la derecha del caballo, preso en el estribo y con un pedazo de lanza clavado en la garganta, viene á dar á aquél curioso público un sangriento testimonio de la victoria obtenida por su contrario. El caballo galopa, despues alrededor de la valla con el sangriento trofeo... los jueces del campo dán mil órdenes á la vez para el socorro del vencido... la multitud lucha entre el horror y el entusiasmo, mostrando su indefinible estado con una especie de ruido sordo parecido al magido de la mar... y doña María Adán se quita con mano firme y corazon sereno una de las cinco vueltas de soga que rodcan su cintura.

El cuadro fué serenándose por fin; y una vez sacado del sitio de la liza el malparado caballero Garcí-Lopez, la escena tornó á su primer aspecto. Doña María Adán, pudo ya ver sin obstáculos al caballero Pacheco, que luciendo sus brillantes y magníficos arneses, se dirigió á su tienda á esperar la nueva hora señalada para la segunda lid. Pero ésta se hallaba ya próxima, pues los incidentes ocurridos despues del vencimiento anterior, habían consumido en su mayor parte la media hora de intervalo, único descanso concedido y otorgado á eleccion del caballero Pacheco.

Pocos instantes habían pues transcurrido desde que el vencedor penetrara en su tienda, más bien para reconocer el estado de sus armas, que para procurarse descanso alguno, de que no necesitaba en verdad aquella naturaleza de bronce, cuando el segundo Garcí-Lopez se dejó ver á la entrada del palenque. Apenas hubo obtenido el permiso de los jueces, penetró al galope por la valla y se dirigió impaciente á la tienda del caballero Pacheco, en cuyo escudo pendiente á uno de los lados de la portada, golpeó tres veces en señal de hallarse pronto para la lid. Hecho lo cuál, volvió á la entrada del palenque donde dejó su caballo para ir á prestar el juramento acostumbrado en manos de los jueces del campo. Casi á un mismo tiempo llegaron ante estos los caballeros Pacheco y Garcí-Lopez; los jueces abrieron entónces sobre la mesa el libro de los Evangelios, y puestas las manos sobre él, juraron los contendientes «pelear noble y lealmente, sin hacer usos de encantos, fraudes ni sortilegios... y sin llevar otras armas al combate que las propias de caballeros.» Recibido que fué este juramento, los caballeros tornaron á montar sobre sus caballos, y colocados en sus respectivos puestos, esperaron la señal de acometida. Renováronse otra vez la ansiedad y espectacion de aquel público insaciable. El ruido de mil voces y conversaciones, volvió de nuevo á convertirse en un silencio casi completo. Los caballos de los combatientes daban de cuando en cuando relinchos descompasados, levantaban sus espumosas bocas, y haciendo mil corbetas sobre la arena

del palenque, dejaban escapar con violencia ruidosos resoplidos por sus sangrientas y dilatadas narices. Un heraldo publicó entónces las preveniciones ordinarias, para que no se molestara á los contendientes ni con hechos, ni con palabras ni en otra forma alguna, retirándose despues á ocupar su asiento detrás del escaño de los jueces. Óyese por fin, prévia la oportuna indicacion de aquellos, la señal de acometer: los dos caballeros obedecen con prontitud igual, y á su primer encuentro se rompen las lanzas contra las corazas. Ni uno ni otro han perdido sin embargo los estribos. Echan mano á las espadas, y se acosan haciendo esfuerzos increíbles... Los caballos se encabritan levantando la arena con sus cascos, y por fin vuelven á formar en torno de los combatientes una atmósfera de polvo, á través de la cuál, se divisa á cada instante y á la manera de un relámpago, el brillo fugaz de las espadas. Óyese de cuando en cuando los sonoros golpes que producen las tizonas al herir las armaduras de los combatientes y el continuo pisar de los caballos que dirigidos por sus ginetes respectivos, tenían una parte activa en la estrategia del combate... Siéntese por fin caer desplomado uno de los caballos lanzando un lastimero relincho; y el otro sale á poco rato abandonado por su dueño, que se queda en el polvoroso recinto. Percíbese de nuevo el choque de las armas, y el público comprende lo ocurrido. El caballero Garci-Lopez ha perdido su caballo, y su generoso contrario, deja marchar el suyo libremente, para que las condiciones sean iguales... El com-

bate por lo tanto continúa á pié por una y otra parte, y los padrinos no hallan razon por consecuencia para mediar en el asunto. Pero ¿qué ha sucedido?... el ruido de las armas ha cesado de repente... y ninguno de los combatientes sale fuera de aquella atmósfera de polvo que aún continuaba ocultándolos á la curiosidad de los espectadores... Estos como la señora de Cerralbo no separan sus ojos del misterioso círculo. Por último el polvo se disipa... y una escena interesante se deja ver entónces. El caballero Pacheco con una rodilla en tierra, sostiene sobre la otra á su contrario, y con el oido inclinado hácia él, escucha atento las palabras que al parecer le dirige. Levántase despues el victorioso Pacheco, y cogiendo en sus robustos brazos á su vencido competidor, lo lleva y deposita en poder de los jueces y padrinos, á quiénes lo deja recomendado, no sin abrazarle antes y decirle con tono cariñoso:

—Estad tranquilo caballero... y no penseis sinó en sanar de vuestra herida... que yo defenderé tan justísimas pretensiones ante la señora de Cerralbo...

Doña María Adán se retiró en este momento del mirador que había ocupado, y bajando á la habitacion en que se hallaba su hija, la hizo notar con su acostumbrada é imperturbable serenidad, que faltaban ya dos vueltas de las cinco que poco antes rodeaban su cintura.

## V.

El plazo transcurrió por fin completamente, sin que ningun otro retado se presentára á medir sus armas con el caballero Pacheco. Los alcaldes y jueces declararon pues, que el mantenedor había cumplido por su parte: y reservaron á la señora de Cerralbo su derecho contra los que sin haber aceptado ni comparecido al reto, no se habían presentado tampoco á esponer una justa causa que de ello les dispensára.

Al dia siguiente de haberse publicado este fallo, el caballero Pacheco solicitó y obtuvo audiencia de doña María Adán, quién le recibió en la propia cámara en que había tenido lugar su primera entrevista.

—Scais bien venido,—dijo la señora de Cerralbo al ver entrar al caballero,—llegais á buena hora.

—Señora,—contestó aquel saludando con respeto,—permitidme manifestaros ante todas las cosas, que vengo con el único objeto de saber si merece vuestra aprobacion la sentencia publicada ayer en mi favor... pues que de no ser así...

—Esa sentencia,—replicó doña María,—es justa, Pacheco; la justicia no necesita aprobacion, se basta y sobra á sí misma. Si quereis saber si me es ó no grato su contesto, eso es otra cosa; entónces os diré que sí.

—¡Oh! gracias, señora... cuán feliz me haceis, —exclamó sin poderse contener el caballero...

Doña María prosiguió cual si no hubiera oído ni una palabra.

—Por eso os decia que llegábais á buena hora, pues tengo que consultaros un asunto de familia.

Pacheco permaneció mudo é inmovil, á pesar de esta nueva satisfaccion, apesar de tan nunca esperado triunfo. La felicidad no le dejaba respirar siquiera. Doña María continuó:

—Segun me ha manifestado mi Vocero (Abogado) tengo derecho á obtener contra los adversarios que no han comparecido, las declaraciones de infamia, traicion y alevosía.

Estas palabras despertaron de su enagenamiento al caballero... y haciéndole recordar la que poco antes había dado en medio del palenque á su último competidor.

—Señora,—dijo,—debo haceros presente en primer lugar mi gratitud por las mercedes que me estais prodigando, hasta el extremo de admitirme á un consejo de familia, con lo cual me anticipais el honor de pertenecer á ella... pero por lo mismo debo ser más ingénuo en mis manifestaciones... No de otra manera correspondería yo dignamente á tan estimables deferencias. El uso de ese derecho, no lo creo aceptable en la presente ocasion... porque, señora, los retados que no han comparecido, se hallan gravemente enfermos... y por eso no lo han hecho; no han mostrado tampoco escusa alguna, porque siendo su ánimo comparecer aún cuando fuera á última hora si antes no podian, no se resolvian á

escusarse... Por otra parte, desean no hacer público el origen de sus padecimientos, y el motivo que para ello les asiste es respetable entre personas de hidalguía...

Doña María reflexionó por algunos instantes... y luego preguntó:—¿Y teneis seguridad...

—Ah, sí, señora,—replicó Pacheco—además de habérmelo jurado un caballero, y en circunstancias bien críticas por cierto... soy yo mismo testigo de una gran parte de los sucesos en que apoyaba la relacion. Me consta pues, que están impedidos los no comparecientes...

Doña María fijó su mirada en el semblante de su interlocutor, á quien interrogó de nuevo sin reflexionar...—¿Están tal vez heri...—y dejó sin concluir la frase y cual si se disgustára de haberla principiado.

—Señora... perdonadme... no puedo decir más sobre el particular...—contestó Pacheco bajando la cabeza con alguna confusion, y sin advertir que doña María no le escuchaba.

—...No cabe duda,—pensó la última hablando consigo misma.—Los cinco se hallan vencidos... y vencidos por el vengador de mi esposo... Poco me importaría pues, lo demás... Sin embargo, como la afrenta ha sido pública y la satisfaccion permanecerá oculta en parte... la señora de Cerralbo deberá ser enterrada, con las tres vueltas de esparto, que aún restan sobre su cintura.

La visita terminó aquí; pero el caballero Pacheco quedó desde aquél momento hospedado en el palacio de Cerralbo, de cuyo mayorazgo y derechos tomó posesion pocos dias despues, co-

mo esposo de doña Inés Perez Adán. Dios bendijo esta union, colmándola de prosperidades: y el engrandecimiento de la casa de Cerralbo fué tal, que concluyó por aniquilar en poco tiempo la de los Garcí-Lopez. Y por el contrario, la nueva casa de Cerralbo despues de dar famosos capitanes, cardenales y vireyes á nuestra España; despues de haber perpetuado su memoria con espléndidos y maníficos monumentos, entre los cuáles figura la sobérbia capilla de Cerralbo, edificada sobre el propio solar del palacio de doña María Adán; y despues de contar entre sus descendientes varones ilustres, dignos hijos de nuestro pátrio suelo; ha trasmitido por fin su glorioso nombre á las generaciones actuales, enaltecido con el honroso título de Marqueses de Cerralbo. Tal fué el dichoso porvenir que reservó la Providencia, para los bellos, amantes y simpáticos esposos don Estéban Pacheco y doña Inés Perez Adán.

Con respecto á nuestra principal heroina la viuda de don Sancho Perez, hé aquí lo que en resúmen añaden la historia y crónicas de Ciudad-Rodrigo.

«Doña María Adán (dicen) despues de la muerte de su marido, no comió sobre manteles, ni se peinó el cabello, ni se vistió más que de jerga. Mandóse enterrar en la Iglesia del convento de la Caridad, junto á la capilla de Nuestra Señora; y en la piedra de su sepúlcro, se vé esculpida su figura, ceñida con tres vueltas de sogá. Dejó á los canónigos reglares de esta casa, una viña que en memoria de quien la legó, y por cor-

rupcion del vocablo, fué llamada María Dama.»

Hubo tambien otro monumento justificativo, cuál fué una cruz de piedra, conque señalaron el lugar en que se verificó el desafio y victoria del caballero don Estéban Pacheco, y cuya cruz por hallarse resguardada bajo una cubierta sostenida por cuatro columnas, dió nombre al conocido paseo de la Cruz Tejada.

Aún existe además el sepúlcro de la antigua señora de Cerralbo, como lo afirma la crónica citada; si bien la enorme losa que contiene su busto y que antes le cubría, ha sido trasladada á un pequeño cuarto ó accesorio situado dentro del templo, á la derecha de su puerta principal. Justo es pues, ¡oh Mirobrigenses! que hagais una visita á tan interesante monumento. Bien sabeis que el templo que le cobija, se eleva en medio de una deliciosa campiña, cubierta de frondosos arbustos, cuya fertilidad renueva sin cesar el Águeda, con sus corrientes cristalinas: bien sabeis que nada hay tan dulce y encantador como una mañana de verano pasada á la sombra de aquéllos árboles que tienen por alfombra las flores de un valle, y las márgenes de un rio: y bien sabeis tambien, que allí, el canto de los ruiseñores se oye sin cesar causando en el alma un arrobamiento inesplicable, un misterioso encanto que apoderándose de nuestro sér, y elevándole á un mundo más hermoso, y de más sublimes contemplaciones, nos obliga á levantar nuestros ojos al cielo, y á olvidarnos de esta tierra de miseria y de infortunios. Y pues sabeis todo esto, no os canseis de visitar esas cenizas, que vivieron en el heroismo

y cuya muerte rodea una atmósfera de encantadora y misteriosa poesía. Venid pues, ¡oh Mi-robrienses!; venid á decir conmigo sobre el sepulcro de doña María.

¡GRANDES SON LOS PUEBLOS, QUE TAN GRANDES HIJOS CUENTAN!

FIN DE ESTA LEYENDA.

y en su momento todas sus almas de encarnación  
 labora y misteriosa poesía. Venid pues; con mi-  
 sericordias; venid a decir conmigo sobre el sa-  
 lido de la María.

¡GRANDES SON LOS RUEBLOS, QUE TAN GRANDES  
 SON CUESTAS!

FIN DE ESTA LEYENDA.

## INTRODUCCION.

### SEGUNDA LEYENDA.

# LA CORONADA.

SECRETARY GENERAL

LA CORONADA.

## INTRODUCCION.

No hace muchos años que visitando yo por primera vez la Catedral de Ciudad-Rodrigo, me llamó la atención un sepulcro practicado en la pared meridional del templo, junto á la Capilla de Nuestra Señora del Pilar, y en la nave llamada de los Pachecos. Este sepulcro, que se halla enfrente de la puertecilla del coro, no tiene seguramente en la actualidad, la magnificencia y lujo que tuvo en otro tiempo, segun refieren algunos manuscritos y crónicas antiguas que he leído despues; pero llama sin embargo la atención hácia él, una corona real situada en la parte inferior de la losa, y la particularidad de hallarse ésta medio oculta, tras de un viejo confesonario. ¿Qué virtudes (se pregunta naturalmente el observador) encierra éste sepulcro á cuyos piés se ha humillado una corona, y cuyo pudoroso recato parece sobresaltarse por tal honra hasta el extremo de acogerse presuroso é inquieto al tribunal santo de la penitencia? ¿Qué grandeza es la de esas ce-

nizas que así desdeñan las mundanas vanidades? ¿Qué humildad es esa, que á despecho de sí misma descuella altiva sobre la loca soberbia humana?

Estas y otras tales reflexiones me obligaron á leer el epitafio de este sepulcro, que tan sencillo y modesto en el particular como en todo lo demás, se limita á decir: «Aquí yace la noble Marina Alfonso, que comunmente llaman la Coronada.....» Temí entonces por el pronto, al leer el nombre de una mujer, que mis pasados arrobamientos no tuvieran otro origen ni fundamento que una simple galantería, ó el capricho fugaz y pasajero de algun Príncipe más ocioso que enamorado..... Cedió no obstante á mi primera curiosidad; leí algunas historias particulares que pude haber á las manos; consulté diversas crónicas y manuscritos antiguos, y me he convencido por fin de que la historia de este sepulcro, es una historia interesante. Veamos, pues, si mis lectores participan de la misma opinion.

*Lope Domenech y Gastamante.*

## CAPÍTULO PRIMERO.

### INCIDENTES DE UN REGRESO.

En una hermosa mañana de otoño del año 1453, caminaban á orillas del rio Agueda y en direccion á Ciudad-Rodrigo, dos jóvenes hermanos, conocidos con los nombres de doña Marina Alfonso y don Alonso Lopez Pacheco. Miraba y admiraba don Alonso la prodigiosa y ponderada belleza de su hermana, y ensimismada ésta en la contemplacion de la naturaleza, guardaba como aquel un profundo silencio, dejando marchar uno y otro sus caballos en completa negligencia. Atravesaban á la sazón una estensa y frondosa alameda. El suelo estaba cubierto de menudas yerbas, sobre cuyo verde esmeralda brillaban temblorosas las perlas del rocío. Las ramas de los árboles formaban por su espesura esa amenidad sombría y risueña á la par, que constituye el principal encanto de los bosques. Los pájaros, principales pobladores de

aquellas soledades, se entregaban libremente en ellas á sus inocentes placeres, y cien misterios de amor se consumaban en aquellos sitios entre los árboles, las yerbas y las flores. Doña Marina contemplaba estas bellezas, que sin ella saberlo, iban á influir poderosamente en los destinos de su vida. Hallábase en la edad de las pasiones, y aquella escena despertaba en su alma por primera vez una turbacion desconocida, un sentimiento vago, indefinible y misterioso como la estraña armonía de un temor y una esperanza..... Sus hermosos ojos despues de recorrer inquietos cuantos objetos la rodeaban, se fijaron por fin maquinalmente en dos bonitas tórtolas que bajaron á posarse en las márgenes del rio, donde hicieron resonar de nuevo sus amantes arrullos, y renovaron tambien sus mágicas caricias..... Las tórtolas volaron despues á los árboles, y la mirada de doña Marina las siguió con interés hasta que se ocultaron entre el ramaje. Dos lágrimas involuntarias asomaron entonces á los ojos de la jóven que continuó con la vista elevada hácia las copas de los álamos.

—¿Qué tienes, Marina mia?—preguntó con cariñosa inquietud don Alonso al notar las lágrimas de su hermana.

Esta se estremeció ligeramente, y ruborizándose algun tanto, contestó:

—No tengo nada, Alonso..... oh, nada, te lo aseguro; pero..... ¡Me gusta tanto este sitio!..... ¿Pasamos por él cuando vinimos á veranear á nuestra quinta?

—Si por cierto, ¿no te acuerdas ya?..... Nos

hallábamos en primavera; y el sitio estaba tan hermoso ó más que ahora.

—Pues es estraño..... entonces no me causó impresion alguna, y ahora.....

—Lo comprendo..... Tal vez ahora vienes á disgusto, hermana mia..... y si así es, ¿por qué no me lo has dicho? ¿No sabes que si te he propuesto el regreso es porque han concluido los calores, y porque creí te agradaría el participar de las funciones que se preparan con motivo de la llegada del rey?

—Pero..... si no es eso, Alonso.....—repuso con candorosa ingenuidad y apresuramiento doña Marina—si ni aun siquiera es disgusto lo que siento..... es más bien lo contrario; es decir, tiene de todo..... ¡Si yo pudiera explicártelo!.....

Don Alonso miró á su hermana cual si tratara de sorprender en su semblante el sentido de aquellas paradojas.

Doña Marina que en todos veia claro ménos en sí misma, debiendo lo primero á un ingenio tan sobresaliente como su hermosura; y lo segundo á su pudor y á su modestia, añadió como sincerándose:

—No te estrañe Alonso, si te parezco en esta ocasion ménos explícita que en ninguna otra, porque yo misma no me entiendo..... Lo que pasa por mí es un sentimiento nuevo, desconocido, que me hace llorar; sí..... pero llorar con placer..... Por lo demás, no creas te oculto cosa alguna..... me afligirias si tal creyeras.....

Don Alonso la sosegó en el particular por

cuantos medios le sujirió su cariñosa solicitud hácia doña Marina, la cual desconocia en efecto el verdadero estado de su espíritu. Pero..... ¿qué mucho que así sucediera?... La pobre vírgen experimentaba por primera vez en su corazon la necesidad de amar, pero de esa manera confusa y sin objeto con que se sienten en su origen todas las pasiones. Por eso no hay corazon alguno que les dispute la entrada; porque las pasiones en su primer movimiento, ó no dicen nada, ó dicen tanto que el corazon no las comprende.... Y no comprendiéndolas, ¿cómo las ha de temer ni precaverse? ¿Cómo, si apenas dejan entrever otra cosa en medio de su confusa algazara, que cierto atolondramiento vago placentero y seductor?....

Doña Marina pues se entregó incautamente, sin temor y sin reserva al indefinible sentimiento que tan sutil como traidoramente principiaba á enseñorearse de su espíritu..... ¡Oh, que estado tan terrible y decisivo para el porvenir de una mujer!.... ¡Infeliz de la que en tan críticos momentos conoce los atractivos de un malvado! y por el contrario..... ¡mil veces dichosa, la que en tales circunstancias, descubre las adorables prendas, las esquisitas gracias del hombre justificado y virtuoso!....

El tránsito por la alameda concluyó, y los dos hermanos principiaron á caminar por una hermosa llanura de variados y pintorescos horizontes. Aún doña Marina continuaba entregada á sus anteriores impresiones, cuando aprovechando don Alonso un incidente que ocurría

á corta distancia del sitio en que se hallaban, trató de distraer á su hermana exclamando:

—¡Oh, Marina..... mira qué hermoso animal es un caballo cuando se halla enfurecido!....

Doña Marina volvió la cabeza al sitio que su hermano la señalaba, y vió un grupo de cuatro jóvenes ginetes, uno de los cuales pugnaba con serenidad y gallardía por sujetar su indómito caballo que embravecido hasta el extremo, con la crin encrespada, el ojo encendido, la cola estendida y ondulante, y llenando el aire de humo y de espuma á cada resoplido, presentaba la más vigorosa imágen de la fogosidad y de la fuerza. De pronto el furioso animal se encabrita, describe un semicírculo sobre los corbejones, da cuatro ó seis saltos de carnero, y rompe por fin con impetuosa carrera en direccion al Agueda. Los tres ginetes restantes tratan de seguir con sus caballos al que corre desvocado, pero en vano..... ni el mismo viento hubiera alcanzado á semejante energúmeno..... Desparvoridos entonces al ver que el animal se dirige via recta á un precipicio á orillas del rio, en cuyas aguas va á desaparecer irremisiblemente con su simpático ginete, gritan todos á la vez: mata el caballo Daniel no te de cuidado..... húndele el estoque en el corazon para que caiga en el acto..... ¡Oh, hazlo pronto, mira que pe-reces!!!..

El ginete interpelado pasa en este momento por delante de don Alonso y doña Marina que prendados igualmente de la belleza del jóven que de su magnánimo valor, se interesan en su

desgracia manifestándolo el primero con una exclamacion, y la segunda con un grito..... Entonces aquel jóven cuya suerte era tan crítica, sonríe en medio del peligro inminente en que se halla, y mueve con serenidad su cabeza á uno y otro lado, cual si tratara de infundir aliento y confianza en las personas que por él se interesaban.....

—¡Gallardo jóven—esclama don Alonso sin poderse contener—nunca he visto una serenidad igual! ¡Lástima fuera que se desgraciara!.... ¡Oh..... y qué cerca está ya del precipicio!!...

Y en efecto veinte pasos le faltaban apenas que andar para caer el ginete en una profunda sima llena de peñascos, de agua y de malezas..... El jóven Daniel que hasta aquel instante ni aun siquiera habia refrenado al caballo durante su larga carrera, se levanta entonces de improviso sobre los estribos, empuña fuertemente la rienda y encorbándose un poco hácia adelante, descarga á la vez un terrible golpe sobre la frente del animal con el mango de una especie de látigo que llevaba en la mano..... Sorprendido y atolondrado el caballo con un tratamiento tan inesperado, se limita por el pronto á variar la línea de direccion dando fuertes resoplidos; pero á los pocos pasos se queda inmóvil y temblando cual si le hubieran clavado al suelo.....

—¡Bien!.... ¡Bravo!....—gritan los tres jóvenes restantes aplaudiendo la bizarría del ginete, el cual, no habiéndolos oido, se pone tranquilamente á desenredar con la mano las encrespadas crines del caballo.

Poco despues, aquellos jóvenes se reunieron y la escena terminó. Don Alonso miró á su hermana, y con gran sorpresa suya notó, que doña Marina continuaba tan pensativa ó más que antes..... Entonces temió descubrir en aquellos síntomas el principio de alguna grave enfermedad física, y como el hombre se guia siempre más por sus cavilaciones que por las realidades, don Alonso no pensó desde aquel instante en otra cosa, que en acelerar la marcha, apesar de que ningun apoyo prestaba á semejantes cálculos, el natural y bello rostro de su hermana, cuya sin par hermosura resplandecía más que nunca.

Caminaron, pues, más aprisa que hasta entonces; y apenas les faltaba ya una legua para llegar á la ciudad, cuando un nuevo incidente vino á fijar la atencion de nuestros viajeros.

A unos cuantos pasos del camino, tendido en la yerba, llorando de fatiga y de cansancio, y no obstante recogiendo flores con una mano y acomodándolas en la otra en forma de ramillete, se hallaba un gracioso niño modestamente vestido y como de cinco á seis años de edad. Tan luego como el niño descubrió á don Alonso y doña Marina, interrumpió sus tareas y su llanto, se sentó sobre la yerba, y empezó á gritarles:

—Daniel..... Daniel..... ¿por qué no me esperabas? ven por mí..... yo quiero ir contigo..... yo quiero.....—y el niño no concluyó porque los dos hermanos se hallaban ya tan cerca que, no pudo ménos de reconocer su equivocacion.

Entonces se quedó por un momento mirándoles con sorpresa; hasta que guiado por una de esas ocultas simpatías que enlazan en el mundo el candor, la inocencia y la hermosura, se fijó el niño en doña Marina, á quien alargó maquinalmente y en silencio las flores que tenia en la mano, aún antes que aquella le hubiera dirigido la palabra..... Doña Marina sonrió cariñosamente y con aquel encanto que la era peculiar, y el niño acabó de prendarse de ella..... Esta vez fué doña Marina quien interrumpió el silencio.....

—¡Qué hermoso niño!.....—Dijo á don Alonso,—y el pobrecito, se ha extraviado sin duda.....

—Eso creo,—replicó don Alonso—porque el nombre de Daniel que pronunciaba, me recuerda el del jóven que vimos al salir de la alameda.....

—¿Quiéres venirte conmigo?—preguntó al niño doña Marina—Te llevaré aquí montado en el caballo.....

El niño por toda respuesta se levantó y abrió los brazos á doña Marina.....—Alonso—dijo ésta á su hermano—¿quiéres darme á ese niño?.....

Don Alonso se apeó del caballo, y cogiendo al niño en brazos, lo colocó delante de su hermana diciéndola:—Mejor sería que lo llevara yo..... tal vez no lo puedas tu sujetar bien.....

—No, yo quiero ir con ésta—repuso el niño hablando por primera vez, y recostándose contra el pecho de doña Marina, quien lo abrazó respondiéndole á su hermano:

—Déjamele Alonso; puedo llevarle sin dificultad.....

Don Alonso volvió á montar sobre su caballo, y colocándole cerca del de su hermana prosiguieron su interrumpida marcha hasta entrar en la ciudad, á la cual nos adelantaremos nosotros en gracia del rigorismo cronológico.

## DON JUAN II EN CIUDAD-RODRIGO.

El rey don Juan había nacido poeta; pero como las cosas del mundo le destinaron para rey, resultó de aquí que nunca llegó á ser ni lo uno ni lo otro. ~~Respecto á lo que le concernía~~ pero esto no es bastante para ser rey; y aunque también es cierto que hubo veces, tampoco esto basta para ser poeta, por más que como dice cierto historiador: *trama se muy mal en las que castellana. Era rey, pues, le sobraba la tasia; para poeta llegó á hacerse demasiado material. Debemos confesar no obstante en obsequio de la verdad, que siempre tuvo más de poeta que de rey; y la prueba está en que intentas don Alvaro de Luna le disputar, no sólo de gobernar; sino también de reinar. El rey vivió mal que bien bastantes años á vuelta con su populo ó rica mujer; pero tan luego como su señoría se alivió á deshacerse de su do-*

## CAPÍTULO II.

### DON JUAN II EN CIUDAD-RODRIGO.

El rey don Juan había nacido poeta; pero como las cosas del mundo le destinaron para rey, resultó de aquí que nunca llegó á ser ni lo uno ni lo otro. Es verdad que ciñó la corona; pero esto no es bastante para ser rey: y aunque tambien es cierto que hizo versos, tampoco esto basta para ser poeta, por más que como dice cierto historiador: *trovara no muy mal en lengua castellana*. Para rey, pues, le sobraba fantasía; para poeta llegó á hacerse demasiado material. Debemos confesar no obstante en obsequio de la verdad, que siempre tuvo más de poeta que de rey; y la prueba está, en que mientras don Alvaro de Luna le dispensó no sólo de gobernar, sino tambien de reinar, el rey vivió mal que bien bastantes años á vueltas con su pobre ó rica musa; pero tan luego como su señoría se atrevió á deshacerse de su so-

berano vasallo en un arranque de pueril entereza..... y tan luego como se vió obligado á reinar algo más, y á poetizar algo ménos que hasta allí por un efecto natural de semejante atrevimiento, apenas pudo alcanzar un año de vida más, y eso bien trabajosamente por cierto. La causa de su tránsito y pequeña estancia en Ciudad-Rodrigo por el mes de Octubre de 1453, es una confirmacion de esta verdad. El rey empezó á padecer inmediatamente despues de la muerte del Condestable don Alvaro, una fiebre estraña, que á los pocos dias se hizo periódica adoptando la forma de cuartana, á cuyos síntomas ordinarios solia agregarse una especie de terror pánico semejante al que se apodera de los niños cuando les ha pasado el enfado que les hizo levantar la mano contra su nodriza..... Cansados los médicos de cámara, de introducir inutilmente mil clases de amargos en el estómago de su señoría, recurrieron por fin á *los lugares comunes de su ciencia*, es decir, que propusieron al enfermo un viaje de algunos dias como medio eficazísimo para desterrar toda clase de *enfermedades climatéricas*..... y héteme aquí á su señoría de ceca en meca, caminando de Escalona á Avila, de Avila á Medina del Campo, y de aquí á Valladolid, Salamanca y Ciudad-Rodrigo, si bien no cita Mariana estas dos últimas ciudades, sin duda por la corta estancia que en esta ocasion hizo en ellas el rey don Juan, y su pronto regreso á la anterior, ó sea á Valladolid, donde murió despues.

Pero no anticipemos los sucesos. Hé aquí

pues como hemos dicho, la causa del tránsito de su señoría por Ciudad-Rodrigo en la época que nos ocupa, y una prueba de que el rey don Juan el II tenia algo más de poeta que de rey.

En el día y hora á que se refieren los sucesos del capítulo anterior, su señoría se hallaba de muy buen humor: era el día de la correspondencia cuartanaria, y la hora habia ya pasado sin la menor novedad. El rey, pues, habia vuelto á su musa, ó lo que es lo mismo, á sus *trece*..... y por consecuencia, su Ilustrísima el Obispo de Cuenca, y el Prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, se hallaban de baja en la cámara real..... mientras que los más indignos aprendices de Juan Mena y de Alonso de Baena, campeaban en ella con una familiaridad tal, que bien pudiera pasar por desacato si su señoría no estuviera tan alegre..... Don Juan II improvisaba y sus *non santos ad lateres* aplaudian contra toda etiqueta, estrepitosamente..... Ensayábase el rey en el género jocosó más pronunciado; es decir, en esa clase de composiciones breves y de cortas estancias que muchos apellidan *epigramas*, y que en lo general no son otra cosa que unas *rimadas desevolturas*.....

Pasado un rato en tan inocentes entretenimientos, el rey se cansó de epigramas lo mismo que de cualesquiera otra cosa (pues habia pocas de que no se cansara con facilidad) y despidió á sus noveles é improvisados cortesanos, quedándose con uno de ellos, con quien entabló el siguiente diálogo:

—Por fin quedamos solos Enrique..... tenia deseos de hablarte.....

—Estoy á las órdenes de vuestra señoría.

—¿Has visto al Comendador?—continuó el rey —¿Vendrá doña Marina? Temo que no hayas desempeñado bien este negocio..... Son tan orgullosos estos Pachecos.....

—Vuestra señoría puede estar tranquilo sobre el particular—dijo el interpelado en tono de triunfo,—doña Marina estará de un momento á otro en esta Ciudad.

—¡Magnífico!—esclamó don Juan II con súbito alborozo; y cambiando despues de espresion con aquella volubilidad que hizo decir á Mariana *que los enojos de este rey eran repentinos y las caricias que hacia fuera de tiempo.....*

—No quiero—dijo—vivir en adelante como he vivido desde que murió el Condestable..... ¿Qué edad es la mia, para relegarme ya de una manera tan esclusiva á las tétricas contemplaciones de la religion?.... ¿Cómo he de restablecerme en el cuerpo si tengo el alma en prensa y aterrada con las imágenes del purgatorio..... del infierno..... y de tantas y tantas especies desgarradoras como continuamente se hacen sonar á mi oido por el bendito fray Gonzalo y por su digno compañero el Obispo de Cuenca?.... ¡Oh..... si no estuviera tan seguro de sus cariños..... Si no supiera que son unos santos varones..... creería que..... pero no..... es que hay hombres como murciélagos, y no es otra cosa.....

Esta chocarrería provocó el aplauso del inter-

locutor de su señoría, quien celebró el chiste como la más delicada gracia del ingenio humano..... El rey continuó:

—Nada, en adelante, yo esquivaré sus sermones..... quiero confidentes más divertidos, y sobre todo más dispuestos á complacerme..... en una palabra quiero preferirte á los demás.....

El aludido se arrojó lleno de júbilo á los pies del rey, quien empezó á probarle la verdad de sus palabras con las siguientes confianzas.

—Alzate—le dijo—yescúchame..... sabes que amo á la hermana de Pacheco desde hace más de un año, y te diré como principió mi amor á una mujer que todavía no he visto.....

Hallábame yo en aquella época bastante disgustado..... y el Condestable que por más que abusando de mi confianza cometiera injusticias en provecho suyo, como dicen sus rivales..... el Condestable repito que siempre me amó por más que otra cosa digan..... trató de distraerme y divertirme con una de sus muchas y graciosas ocurrencias, cual fué la de adornar mi gabinete secreto con los retratos de las jóvenes más hermosas de Castilla..... Mandó al efecto excelentes pintores á todas partes, los cuales volvieron al poco tiempo cargados de primores..... Ocurrió entonces un incidente y fué, que el artista encargado de copiar las bellezas de esta Ciudad y las de Salamanca regresó el último de todos á Valladolid, y sin embargo toda su coleccion se reducia á un solo retrato que presentó al Condestable.

—¿Cómo se entiende—le dijo éste incomoda-

do y sin mirar para el retrato.—¿Para una sola copia has imbertido más tiempo del que otros han necesitado para diez?....

—«Perdonad—contestó el pintor—vuestra merced padece una equivocacion, pues yo no he hecho un solo retrato, sino veinte.....»

—«¿Y dónde están los diez y nueve restantes.....»

—«En mi casa.....»

—«No te comprendo.»

—«Me explicaré..... Yo respeto mucho la nobleza de mi pátria, y temería ofender como artista á la mayor parte de ella, si asociara á sus bellezas este ideal de la perfeccion humana..... —dijo el pintor mostrando su trabajo.»

El Condestable miró por primera vez el retrato, y lleno de admiración..... y loco de entusiasmo..... exclamó:

—«¡Oh!.... ¡Esto es una mentira, pintor!....

—«Os juro que es realidad.....»

El Condestable enmudeció ensimismado en la contemplacion de aquel prodigio de belleza..... y luego preguntó:

—«¿Y dónde existe esta mujer?»

—«En Ciudad-Rodrigo.....»

—«¿Cómo se llama?....»

—«Doña Marina Alfonso.»

—«¿Y dices que no es noble?....»

—«Vuestra merced no me ha comprendido; he dicho simplemente ó querido decir al menos que temeria ofender como artista á la mayor parte de los nobles de mi pátria si asociara á los retratos de sus bellas hijas el de esta otra.»

—«¿Cón que segun eso es noble?....»

—«Lo es señor.....»

—«¡Y qué niña es!.... ¿A qué familia pertenece?....»

—«A la de los Pachecos.....»

El de Luna no tuvo ya paciencia para escuchar por completo esta última respuesta..... voló á contarme lo ocurrido llevándome él mismo este hermoso retrato..... que desde entonces no se ha separado de mí..... ni aún en mis sueños..... ¡Oh..... mírale.....—prosiguió el rey con una exaltacion creciente y recorriendo una cortina de brocado colocada tras el dosel de su sitial—esto no es hermosura, esto es encanto..... esto es fascinacion..... esto es hechizo, esto no se parece á nada en el mundo!!!.. ¡Cuánto soy y cuánto tengo diera por esta mujer!....—concluyó diciendo el rey enteramente olvidado de que le escuchaban, y descomponiéndose en sus ademanes algo más de lo regular.....

El nuevo privado miró el retrato, y le sucedió lo que á cuantos veian la hermosa figura de doña Marina..... es decir, que se sintió inclinado á disculpar y aún apoyar toda clase de exajeraciones en elogio de nuestra bella heroína. El rey continuó:

—Conociendo esta pasion, *mi buen amigo el Condestable*, y sintiendo en el alma el daño que tan *inocentemente* me habia causado por el solo deseo de divertir mi melancolía, trató de acudir á su remedio con la solicitud que acostumbraba, y al efecto, empezó á preferir y alagar al her-

mano de Marina, haciéndole Comendador mayor de la Orden de Alcántara á que pertenecía, y otorgándole otras muchas mercedes. Su plan era ganarle el ánimo á fuerza de liberalidades, para que accediera despues á sus deseos que no eran otros que hacer entrar á doña Marina al servicio de la reina, lo cual habia repugnado aquel con anterioridad por no sé qué rivalidades con otras familias empleadas.

Por fin..... y cuando ya estaba para terminarse este negocio segun me habia asegurado el Condestable, se levanta contra él aquella furiosa tormenta, que *me ofuscó* hasta el extremo de hacerme olvidar mi corazon en todos sentidos. Sin embargo de todas estas cosas (que no quisiera recordar.....) tan luego como se trató de mi viaje, formé el proyecto de visitar esta Ciudad á la que he llegado apesar de no estar comprendida en el itinerario, con el objeto que ya sabes desde que te encargué, primero que averiguaras donde se hallaba doña Marina, y despues, que influyeras indirectamente con su hermano por medio de sus amigos (pues no queria yo sonar para nada en el asunto) á fin de que acelerara su regreso á la Ciudad. Ahora bien; necesito ver hoy mismo el original de este retrato..... y como no tengo interés en visitar al Comendador..... tan luego como llegue con su hermana, harás anunciar á ésta mi visita, y entregará á aquel este pliego, para que como mi Embajador extraordinario en la Côte de Portugal, marche inmediatamente..... y espere en ella mis instrucciones sobre la cuestion de Afri-

ca, cometida actualmente á Juan de Guzman.....  
¿Entiendes?....—concluyó diciendo el rey, presentando un pliego sellado con las armas reales á su interlocutor.

—Perfectamente—contestó éste tomando el pliego de las manos de don Juan II.—Pues bien—añadió el rey con intempestiva entereza hija de su volubilidad—confio en que me servirás en todo, pronto y bien.

—Tales son mis deseos; puedo asegurárselo á vuestra señoría.

El llamado don Enrique besó la mano al rey, y salió de la estancia obedeciendo á una indicación de éste, que terminó en tono de tal, una conversacion principiada con tan inconveniente é impropia familiaridad.

### CAPÍTULO III.

## EL ÁNGEL DE DANIEL.

Bien ajenos de que pudieran ser objeto de tales planes y confidencias, pasaban en este instante por frente del Alcázar de Ciudad-Rodrigo (donde á la sazón se hallaba alojado don Juan II) los hermanos don Alonso y doña Marina, guiados por el niño que encontraron en el camino, y á cuya casa se dirigian para restituírselo á su familia. Bella satisfaccion es la que se experimenta en la práctica de las virtudes cristianas y principalmente de la caridad, cuyo ejercicio suele recompensar casi siempre la Divina Providencia, de una manera sensible é inmediata. Tal sucedió á los dos hermanos de quienes nos venimos ocupando. La caridad les obligó á olvidar en esta ocasion su fatiga personal, y áun las exigencias de su rango, por llevar el consuelo al corazon de una madre, y la caridad les premió tan bella accion con las hermosas demostracio-

nes de una gratitud que casi rayó en adoracion. Veamos como sucedió ésto.

—¿Llegámos ya?—preguntaba al niño doña Marina al atravesar una de las calles situadas á las inmediaciones del Alcázar.

—Sí,—contestó el niño, señalando una casa de la calle,—aquella es, mira á mi hermana;—y levantando la voz, añadió,—Rufina.....

Tan luego como sonó el grito, volvió la cabeza hácia nuestros viajeros una niña como de doce años, la cual despues de reconocer con estremada alegría á su hermanito, se quedó fija con admiracion y asombro en doña Marina, delante de cuyo caballo hechó á correr hasta llegar á una casa próxima, en la que entró exclamando:

—¡Madre, madre, hermano ha parecido y le trae el Angel de Daniel!

Una mujer como de cincuenta años se asomó entonces á una ventana de la casa, y llamando primero á su hijo con la gozosa premura de una madre, se dirigió despues á doña Marina dándole gracias, y diciéndola con voz conmovida y profunda emocion:

—¡Ay señora, tiene razon Rufina!.... ¡Sois el Angel de mi hijo Daniel, y la felicidad de toda mi casa!.... Entrad señora en ella, yo os lo suplico, honradla hoy por algunos instantes, ya que hace tanto tiempo que vuestra imagen es reverenciada por mis hijos!....

Don Alonso y doña Marina se miraron con sorpresa; más viendo ya cerca de ellos aquella singular mujer, la entregaron su hijo, y accediendo á sus nuevas instancias se apearon y

entraron en la casa, dejando sus caballos en poder de uno de los criados que les habian seguido á bastante distancia, y que en aquel momento acababan de reunírseles.

A los pocos pasos dados por el interior de aquella casa, soltó el niño German las manos de su madre y de doña Marina, que llevaba cogidas, y corrió á arrodillarse delante de un magnífico cuadro, cuya vista empezó á explicar á don Alonso algo del misterio, si bien, le dejó por otra parte doblemente sorprendido. El cuadro no era otra cosa en su figura, que un bellissimo Angel Custodio; pero su rostro era exactamente el de doña Marina..... Su parecido era tal, y tan completo, que más que copia, se veia en él la reproducción de un mismo original.

—Ahí teneis señora el Angel de Daniel, como le llaman mis hijos;—decia aquella madre dirigiéndose principalmente á doña Marina:—hace más de un año que el mayor de ellos lo ejecutó, y desde entonces, señora, ha desaparecido, como por encanto, la miseria de mi casa.....

—Nadie ocupaba apenas á mi Daniel, cuyo trabajo es sin embargo el solo apoyo que me ha dejado mi viudez..... Pero desde que á su vuelta de cierto viaje hizo ese cuadro en Valladolid..... todo cambió de aspecto..... pues todos preferian sus trabajos, y hasta su señoría se acordó de él haciéndole lugar en Palacio entre los pintores de la Real cámara; desde entonces de nada carecen mis hijos porque Daniel es rico. Ese cuadro además ha hecho á mis niños esencialmente religiosos, pues se encomiendan

noche y día al Angel de Daniel, oyen con atención cuanto les digo en su nombre, y obedecen con prontitud, sumision y agrado mis preceptos, porque así lo quiere el Angel. ¡Oh!.... esto es mucho para mí señora, pues soy cristiana, madre y viuda.... Por último esta mañana me veo obligada á llorar por primera vez desde que el Angel está en casa..... Mi niño German se me estravia desde muy temprano, y no sé donde ha ido..... ni tengo quien lo busque, porque Daniel ha marchado de caza cediendo á las instancias de varios amigos suyos, y no sé á qué parte se han dirigido..... Mi Rufina y yo recorrimos entonces toda la Ciudad, pero en vano; pues nada encontramos, y como forasteras no sabíamos á quien dirigirnós, y ni áun con nuestra casa acertábamos despues..... Por ello y casi estinguida la esperanza de encontrarle, nos volvimos señora, y apenas acababa yo de mirar ese cuadro, y de dirigirle una plegaria de lágrimas..... cuando mi hija me grita: ¡German ha parecido!.... y lo trae el Angel de Daniel..... ¡Ah! señora..... Dios me libre de incurrir en supersticiones que mi propia religion condena..... pero vuestra semejanza ó mejor dicho, vuestra identidad con este Angel que soñó la imaginacion de mi hijo en el momento mismo de empezar la dicha de mi casa, de la que ha venido á ser un símbolo querido de felicidad..... me confundió en el momento de veros, y áun me tiene todavía como perpleja y embargada..... ¿Qué quereis señora?.... los que hemos sufrido grandes desgracias en el mundo, miramos las

LA CORONADA.

cosas de muy distinto modo que los demás.... y..... ello será lo que sea..... pero..... ¡yo disfruto de un bienestar inmenso, en vuestra presencia y de un modo tal, que, desde que habeis entrado en mi casa..... se me ha borrado otra vez hasta la memoria de mis desgracias.....

Don Alonso y doña Marina estaban absortos y conmovidos; y deseando la última poner fin ó á lo ménos variar el curso de una conversacion que tanto la ruvORIZABA y confundia, preguntó:

—¿Tan desgraciada habéis sido señora?

—Lo he sido en efecto, y vais á juzgarlo por vos misma, si me permitís este nuevo desahogo....

Los dos hermanos se consultaron recíprocamente por medio de una mirada, y descubriendo en ella un interés mútuo por permanecer algun tiempo más al lado de aquella mujer, aceptaron los asientos que ésta les ofrecia, y correspondiendo con cariño á la gratitud que la misma les manifestó por su condescendencia, se prepararon á escuchar con atencion las siguientes revelaciones:

—«Pasé mi niñez y parte de mi juventud, sino en la opulencia á lo ménos en la riqueza; era hija única, y aunque no conocí á mi madre, el cariño de mi padre supo compensarme muy bien de aquella falta; crecí pues lisongeadá de la fortuna, y tal vez por esto mismo se me hizo más sensible la desgracia, que así equilibra Dios el bien y el mal en todas las vicisitudes de la vida.

«Contaba yo apenas veinte años, cuando mi padre fué envuelto en una de las muchas proscripciones que ha tenido que sufrir nuestra nobleza, acabando su vida en fuerza de tales disgustos, y del tormento que le causó el verme pobre, porque todos sus bienes fueron confiscados..... Uno de mis tios recogió entonces á la pobre huérfana; y aunque viví triste y abatida á su lado por espacio de no poco tiempo, la amistad y la juventud vinieron á reanimar por fin mi afligido corazón. Tenia yo una amiga á quien llamaba hermana, porque no satisfacía nuestro cariño ningún otro nombre por tierno que fuera. Su posicion y su historia eran exactamente iguales á las mias, y no contribuyó ésto poco á acrecentar nuestra recíproca amistad y simpatías. No sabíamos dar un paso la una sin la otra..... y escusado es decir que ningún secreto habia entre las dos; un dia entró en mi casa y me dijo:

«¿Sabes que me han propuesto un matrimonio? No, la dije en el tono jovial con que ella me hablaba; pero me alegró si es de tu gusto el novio.»

«Pues efectivamente es una buena figura..... y noble; pero hija mia, añadió riéndose mi amiga: es un noble artista, pues al pobrecito le cogió el carro, ni más ni menos que á nosotras.»

«Mi amiga concluyó por reirse á carcajadas, y como siempre su natural festivo y alegre, provocó mi buen humor. Pocos dias despues conocí á su prometido Eugenio, que así se llamaba, y efectivamente era una bellissima figura..... Mi

amiga me decía: «yo no me caso, hasta que tú no te cases..... porque si tengo hijos, quiero que se casen con los tuyos..... y ya ves, una buena madre debe ocuparse y pensar con tiempo, en el porvenir de sus hijos.....» y añadía á estas, otras mil ocurrencias por el estilo, con que sazonaba todas sus conversaciones. Por fin, un segundo pretendiente se presentó á pedir la mano de mi amiga; y aunque sus tios hubieran decidido desde luego en favor de las pretensiones de este último, por sus grandes riquezas y esclarecida nobleza, respondieron no obstante, como al primero: «que se darian por muy honrados, siempre que aceptara su sobrina, cuya voluntad no querian violentar en lo más mínimo.....» Yo no esperaba seguramente que eligiera á otro que al primero, ya por ser éste más jóven que el segundo, y ya tambien por las ventajas que aquel tenia sobre el último, en cuanto á su personal. Sin embargo, no sucedió así.... mi amiga optó por el segundo, lo cual supe por el desairado Eugenio, cuya defensa tomé con más calor del que debiera, movida por las exageradas y pedantescas ideas de desinterés, propias de la juventud, y tal vez tambien por el cariño que yo misma habia ido adquiriendo sin advertirlo al agraviado amante. Presentéme pues muy incomodada á mi amiga, á quien manifesté con alguna alteracion mi sorpresa y disgusto por la eleccion que acababa de hacer. Ella me escuchó con calma..... y luego me dijo: «siento mucho que tan mal me calificas en esta ocasion, teniéndome por egoista é

interesada, precisamente cuando yo creia haber dado una prueba de lo contrario..... y sino fuera así, ¿hubiéra postergado mis gustos ó satisfacciones personales, á ninguna otra consideracion? Claro es que no, porque en esto precisamente entiendo yo que estriba el egoismo: en anteponer á toda otra conveniencia las conveniencias propias. Ahora bien; adelantemos un poco nuestra consideracion, y representémonos dos cuadros en el porvenir..... en ambos figuro yo casada, y con hijos. Pero en el uno me casé por amor, y por consecuencia tuve la generosidad y el desinterés, como tú dices, de no atender á otra cosa que á satisfacer mis propios deseos, mis personalísimas exclusivas y principales complacencias..... ¿Cuál será el resultado en este caso?.... Que mis hijos pagáran con una existencia llena de privaciones, de pobreza y tal vez de miseria, la generosidad de su madre, quien no consultó otra cosa al contraer su matrimonio, que la sola y exclusiva satisfaccion de su más exigente pasion personal..... la del amor.....

Por el contrario; en el segundo caso..... tuve el *egoismo* de violentar mi corazon haciendo que sus principales exigencias, sus más fuertes deseos, callaran ante otras consideraciones *mezquinas* segun la espresion comun..... pero, ¡ay amiga! que mis hijos en este caso vivirian en la abundancia, en la comodidad y en el regalo, merced al *egoismo* de su madre, á quien de fijo no tendrán ellos que inculpar en lo más mínimo, por lo que un criterio apasionado, llama

interés, y cuyo nombre sustituirán á buen seguro con otros más propios, y más alagüenos para el corazón maternal..... Yo creo que hay cosas mal consideradas, y peor comprendidas..... y esta es una de ellas..... Por mi parte, te puedo asegurar que ménos violencia me hubiera costado el decidirme por el extremo contrario al que he aceptado..... ¿Y qué digo violencia?.... Mis gustos personales, mis peculiares deseos, y en una palabra, *mi egoismo segun yo..... y mi generosidad, segun tú.....* estaban precisamente en favor de tu defendido Eugenio..... Es cuanto tengo que decirte..... Ahora juzga tú como quieras.....» concluyó diciendo mi amiga con alguna severidad.....

Yo lejos de apreciar en lo que debía sus juiciosas reflexiones, las taché de sofisticas, falaces, y..... hasta de hipócritas..... ¡Ay señora!.... ¡Cuánto me he arrepentido despues de mi necio proceder!.... Perdí esta amistad, la más hermosa que he encontrado en el mundo..... Mi amiga casó á los pocos dias, y marchó de Valladolid, sin que nunca jamás, haya vuelto á saber de ella..... Yo tambien casé con Eugenio, pues este fué el resultado de mis simpatías hácia él..... Eugenio era pintor..... y la estrechez en que han vivido nuestros hijos, me hizo acordar áun durante la vida de aquel; pero mucho más despues de su muerte, de que no sólo fuí ingrata para con mi amiga..... sino tambien, injusta y necia..... En fin, señora, ved lo único que me queda de aquella amiga á quien tanto amé, y á quien tan mal comprendí.....

Doña Marina miró una carta que su interlocutora la presentó, y reparando en la letra y firma del manuscrito, lanzó un grito exclamando:

—¡Es de mi madre!....

Una emoción profunda se apoderó entonces de los circunstantes, cuyas recíprocas preguntas eran tantas y tan exigentes, que apenas hacían lugar á las respuestas.....

—¿Con qué.....—insistió por fin la interlocutora de doña Marina y de su hermano—es vuestra madre doña Isabel Alfonso?.... ¿Y dónde está?.... ¿dónde está?.... Quiero verla al instante..... ¡Oh Isabel mia..... tú me perdonarás cuando me oigas..... Volverás á ser para mí lo que fuiste, pues conozco tu generosidad!.... Y entonces..... ¡qué día tan feliz será este para mí!....

Doña Marina bajó la cabeza, con los ojos arrasados en lágrimas..... y don Alonso contestó:

—Hace ya tres años, señora, que somos huérfanos de padre y madre.....

Hubo entonces un momento de solemne silencio, pasado el cual, don Alonso y la amiga de su madre meditaron y conferenciaron largamente sobre la historia y coincidencias *del Angel de Daniel*..... y doña Marina recordó interiormente y con marcada complacencia, que su madre habia dicho á la de Daniel: «yo no me caso hasta que tú no te cases; porque si tengo hijos, quiero que se casen con los tuyos.»

#### CAPÍTULO IV.

### TENTACION, VIOLENCIA, CONSEJOS.

Pocos momentos despues que don Alonso y doña Marina se restituyeron á su casa-palacio, situada frente á la puerta principal de la iglesia mayor ó Catedral de Ciudad-Rodrigo, recibió aquel un pliego del rey, que le obligó á salir inmediatamente para la Córte de Portugal.....

A las seis de aquella misma tarde, doña Marina habia recibido ya tres visitas, cuyos bosquejos trazaremos con la concision y brevedad á que nos venimos sujetando.

Daniel habia sido el primero en visitar á doña Marina..... y la misma doña Marina calificó despues esta visita de una vehemente y continuada tentacion. ¿Y cómo no?.... Daniel, aquel jóven que desde luego se habia presentado ante los ojos de Marina de una manera tan novelesca é interesante, y en tan críticos instantes..... aquel jóven á quien los niños seguian por los cam-

pos..... que dominaba grandes peligros con la calma en el corazon, y la sonrisa en los lábios..... que era el ídolo, el apoyo y el consuelo de una madre y una familia tan amables como desgraciadas..... y sobre todo, aquel jóven que con el ardiente y creador génio del artista habia hecho de doña Marina el Angel Custodio de su casa..... y hácia quien doña Marina se sentia impulsada y como ligada por un misterioso destino en que tomaban parte sus simpatías y hasta la voluntad misma de su propia madre..... ¿cómo no habia de trastornar con su hermosa figura y sus palabras de fuego el corazon de una niña?.... Cuando doña Marina oyó de boca de Daniel, con aquella espresion simpática, insinuante y atractiva: «que hacia más de un año que la amaba con delirio, pero tambien con respeto y en silencio, porque sabia muy bien que él no era nadie..... y que ella..... ¡oh, ella lo era todo!.... porque era la reina de la hermosura, y por consecuencia la reina del mundo para el alma del artista.....» cuando le oyó protestar que nunca se lo hubiera manifestado si la gratitud no le impusiera el sagrado deber de hablarla despues del servicio que acababa de prestar á su familia; en cuyo caso no estaba ya en su mano el silencio, como no lo estaban la circulación de su sangre, ni las palpitaciones de su corazon..... cuando, por último, la pidió perdon por haberse creído aquel dia con derecho á amarla, despues de haber sabido la historia, amistades y proyectos de sus madres respectivas, que la suya le habia revelado por com-

pleto al contarle lo ocurrido..... Doña Marina sentia dentro de si un desasosiego inaudito que la estremecia de placer, y la sobrecogia de espanto..... Por fin, Daniel varió la conversacion..... y doña Marina respiró con más libertad, y escuchó con más sosiego..... Sin embargo, no tardó mucho en sumergirse en nuevas turbaciones aunque de distinto carácter.

A la visita de Daniel se siguió la del rey (que ya le habia sido anunciada), y con gran sorpresa suya vió surgir un afrentoso tormento de aquello mismo en que ella no habia creído hallar sino honrosas y satisfactorias distinciones..... Es verdad que en un principio, el rey se limitó á lisongearla con las más tiernas y respetuosas espresiones de una deferencia y un cariño lícitos aunque acendrados; pero bien pronto trocó aquel lenguaje en un torrente desenfrenado de inmoderadas pretensiones, de lascivos deseos y de aspiraciones impuras..... Díjola que su cariño, era un amor inmenso que le devoraba el corazon y que le enardecia y quemaba toda su sangre..... que hacia mucho tiempo que aquel volcan estaba oculto y aprisionado; pero que por fin habia llegado el momento de estallar, y de estallar con más fuerza y mayor ímpetu por lo mismo de habersele obligado á permanecer encerrado hasta entonces..... que supiera que por ella habia venido, y que no se marcharía sin ella, áun cuando se opusiera el mundo entero..... que solo le hubiera hecho desistir de semejante propósito, el que su pintor se hubiera equivocado; pero que no siendo así,

como no era, estaba resuelto á consumir sus delirios de felicidad y de amor á *todo trance*, y más que fuera contra la propia voluntad de Marina, á quien por lo tanto habia creído y creía escusado el consultar..... porqué en todo seria ella la reina, ménos en impedir al rey que fuera su mayor y principal esclavo..... que por lo tanto seria inútil toda resistencia..... pues que como habia alejado á su hermano el Comendador, la aislaría igualmente de cuantos pudieran estorbarle ú oponerse al logro de sus deseos.....

Doña Marina que hasta entonces habia permanecido muda y como embargada por un profundo y creciente estupor..... concluyó por horrorizarse completamente á las últimas palabras del rey..... y prorrumpiendo en amarguísimo llanto, púsose en pié y con las manos cruzadas sobre el pecho en ademan de súplica, exclamó:

—¡Señor, señor..... en nombre de mi madre..... en nombre de mi horfandad, en nombre de vuestra propia dignidad, y si es necesario señor..... en nombre de nuestro Dios que nos vé y nos oye á todas horas..... ruego á vuestra señoría se recobre de tan vergonzosa pasión..... ó me obligará á maldecir eternamente eso que llama mi hermosura!....

Pero el rey no la escuchaba..... y contemplándola más interesante y arrebatadora que nunca en aquel estado y actitud, enteramente trastornado y fuera de sí..... se levantó tambien de su asiento; visto lo cual, doña Marina se dirigió con estraña é inesperada entereza al llamador que habia en la sala, cuyo cordon de se-

da y oro cogió con fuerza diciendo al rey:

—Pues que no queda otro remedio..... evítadme señor al ménos el disgusto de usar de los fueros de mi casa..... y sobre todo, de hacer ver á vuestra señoría que en aquello, en que mi Dios me manda y habla, no obedezco, y ni aun siquiera escucho á los reyes ni potestades de la tierra.....

Sorprendido el rey se contuvo algun tanto por el pronto..... pero entrando despues en una especie de pueril é insensato furor, terminó la visita, asegurando al marcharse á doña Marina con irónica afectacion: «que respetaba mucho los fueros y privilegios de su casa, como los de toda la nobleza..... pero que ni esta *ni las otras tonterías de que habia hecho alarde*, le harian retroceder ni un paso, de lo que hacia tanto tiempo constituia su principal pasion, capricho ó lo que fuera..... y que así, tuviera entendido que aquella misma noche seria suya á *cualquier precio*.....

Sola, confundida y llorosa quedó doña Marina á vista de tanto cinismo y desacato..... Los severos principios que profesaba acerca de la castidad, y en los cuales habia sido educada desde niña por su virtuosa madre, no la permitian tener por una realidad las palabras que acababa de oir..... y se inclinaba á tomarlo y juzgarlo todo como una ilusion ó una ofuscacion de sus sentidos..... Pero ¡ay!..... que luego pensaba en Daniel y en los sentimientos que éste jóven habia logrado despertar por primera vez en su corazon..... y entonces ya no dudaba de

la realidad de lo ocurrido..... ¿Y cómo dudar entonces de la realidad del escándalo, si su propio corazón era el mayor escándalo de sí misma?.... Grande era, pues, la congoja de doña Marina; porque su alma que permanecía pura, se veía obligada á luchar contra la ajena y la propia sensualidad..... contra el amor de Daniel, y la torpeza del rey..... contra la tentación y la violencia en una palabra.....

En tan críticos momentos anunciaron á doña Marina la visita de un ministro de ese Dios que calma las tempestades del corazón, y que serena el borrascoso mar de las pasiones..... No podía en verdad llegar á mejor hora.....

—Que pase adelante—dijo dando algunos pasos hácia la puerta doña Marina, y al momento penetró en la sala el anciano y venerable Prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas.

—No me habia engañado—esclamó al entrar el respetable y virtuoso sacerdote, viendo aún recientes las huellas del llanto en el rostro de doña Marina.—Cuanto más huya de mí su señoría, más necesario es el que yo siga sus pasos..... porque..... ¡infeliz el monarca que tras de hacer derramar lágrimas á la inocencia, no tenga consigo ó lleve tras de sí un paño de caridad que enjугue al instante el llanto del desgraciado!.... Hija mia..... referidme lo ocurrido..... debo aconsejaros..... debo dirigiros..... esa es mi misión..... y vengo á desempeñarla.....

Doña Marina se arrojó entonces de rodillas á los piés del anciano, y tomando entre las suyas las trémulas manos de aquel, las llenó de

besos y de lágrimas, contándole despues entre sollozos los secretos combates de su corazon, y los temores y agitaciones de su espíritu, con una sinceridad y una franqueza que hacian por sí solas la más completa apologia de su conciencia.....

El venerable anciano la escuchó con atencion..... y encantado de aquella virginal pureza que se creia una imperdonable pecadora por sólo haber sentido la tentacion apesar de que lejos de haberla aceptado ó tan siquiera deleitándose en ella..... la habia rechazado con horror y firmeza..... encantado decimos de tan rara virtud, empezó á consolarla y á aconsejarla en los términos siguientes:

—No creia seguramente tener que dirigiros ó aconsejaros sino contra las violencias ajenas..... pero de ningun modo contra las de vuestro propio corazon, lo cual hace en verdad más necesaria mi presencia á vuestro lado..... De todos modos, hija mia, sosegad vuestra agitación..... porque aún cuando teneis razon en sobresaltaros á vista de tan encontrados peligros, vuestra voluntad no ha tomado (gracias á Dios) parte activa en ellos, y por consecuencia no veo en vos todavía el pecado, y si sólo la pecadora, la hija de Adan..... Porque no es hija mia, la tentacion lo que constituye la culpa; al contrario, la tentacion por sí sola, es el cimiento de la virtud y hasta del heroismo, es su base como la lucha lo es del vencimiento..... pero es necesario rechazar y combatir la tentacion con todas nuestras fuerzas naturales y con las so-

brenaturales que nos concede la gracia, y aquí es donde empieza la responsabilidad de nuestras acciones; temed si que vuestra voluntad acepte la tentacion ó que al ménos os tolere la delectacion..... En cuanto al amor de ese jóven que decis, es para vos más temible que el del rey..... y con razon por consecuencia habeis principiado por él; pero tened en cuenta sin embargo, que ese amor aunque más temible, es tambien más aceptable; ó mejor dicho es el único aceptable; y por lo tanto vuestro cuidado debe limitarse en este punto á combatir los extravíos de la pasion, pero no la pasion misma; pues creo á ese jóven muy digno de vos..... y no hay en tal caso razon alguna para sofocar esos afectos, á ménos que prefirais alejaros del mundo ó adoptar otro estado segun vuestra vocacion. Me habeis hablado de la diferencia de posiciones sociales..... pero hija mia, ese es un juego de la fortuna bien despreciable y desatendible por cierto..... ¿Contáis el uno ó el otro con los recursos necesarios para sostener las obligaciones del estado á que aspirais, como por la misericordia divina os sucede á ambos, y principalmente á vos?.... Pues eso basta; la prudencia humana no debe estenderse á más en esta parte, si no quiere esponerse á hollar los fueros de la humanidad, por atender á esas frívolas y mezquinas consideraciones sociales. En esta parte, hija mia, la sociedad y hasta el sentido comun padecen una aberracion lamentable; porque si alguna esterioridad merece ser honrada, ninguna más que la pobreza, la hu-

mildad, el abatimiento, la oscuridad y el infortunio, que constituyeron la condicion social del Redentor de los hombres, del Rey de los reyes y del Criador de cielo y tierra..... La nobleza del pobre, la posicion social del desgraciado, está distinguida y blasonada con la sangre de todo un Dios..... ved donde hallais un título que pueda competir con este en grandeza, ni hidalguía..... Por lo demás ya os lo he dicho, respeto á esta pasion evitad sus extravíos, huid la tentacion, y para ello estad siempre muy alerta, huid de las ocasiones y orad..... Vamos ahora la pasion del rey.....

Os creo en este punto más fuerte, y por eso os he dicho, que esta pasion es ménos temible para vos; pero en cambio, tiene sobre sí toda la fealdad y hediondez de una concupiscencia maldita y desenfrenada..... Aquí no hay legitimidad posible..... ni pasion, edad ó alucinamiento que ya que no destruyan el pecado y su pena, minoren al ménos su pestilente malignidad..... Hija mia..... temeis haberos escedido..... Temeis haber faltado en algo á la dignidad real y á la obediencia y profundo respeto debido á todas las autoridades y muy principalmente á esta..... pero gracias á Dios no hallo motivo para tales temores..... Ni los reyes ni ninguna autoridad humana, tiene poder sobre las leyes del decálogo..... quien las ofende deja en aquel momento de ser autoridad en aquello en que ejerce tan sacrilega violencia, y queda reducido á el miserable estado de toda criatura rebelde á su Dios..... El rey, es entonces el ofendido, y la

majestad ofensora, el más vil y despreciable de los siervos..... Ante Dios no hay coronas de príncipes, ni cadenas de esclavos..... eso se queda para ante los hombres..... y el que trata del cumplimiento ó infracción de las leyes del decálogo, no está en aquel momento ante los hombres, sino ante el Dios que quita las coronas á los reyes para dárselas á la virtud..... Es pues imposible incurrir en desobediencia sosteniendo las leyes de Dios, y por lo tanto, no temais por esta parte. Una sola cosa tengo que corregiros en el particular, y es, el haber apelado á un respeto humano en materia de virtud. La memoria de los fueros y privilegios de vuestra casa, que invocasteis en los momentos más críticos de tan heroica lucha, quitó mucho esplendor al mérito de vuestra acción. Practicar el bien por motivos puramente humanos, es dar á la virtud el ridículo movil de la vanidad. Huid hija mia de todo lo que no sea Dios, en las cosas de Dios; su puro amor es el solo digno y competente para presidir la práctica de las virtudes cristianas. Quien apela en su ejercicio á consideraciones y motivos de sociedad ó de mundo, prostituye y envilece el mérito de la acción..... porque obliga á la virtud, á esa hermosa hija de Dios, á estar y pasar por la miserable condición de hija de los hombres..... No, hija mia, no conviene olvidarnos nunca de que la virtud es de origen divino; porque tal olvido, á más de insensatez, lleva en pos de sí el error, la ingratitud, la injusticia, y aún el menosprecio, pues reduce á caduco y perecedero. lo que

es eterno é inmortal. «A Dios lo que es de Dios, al Cesar lo que es del Cesar.»

Así concluyó el anciano sus instrucciones y consejos. Doña Marina lloró los estravíos que aquel la reprendió; dió gracias al Señor por las acciones que el sacerdote la habia aprobado; y se hizo absolver del mismo antes de terminar la visita. Concluida ésta, doña Marina salió á despedir hasta la escalera al venerable Prior de Guadalupe, quien recapituló entonces por via de despedida sus consejos en estas pocas palabras: «Huid de Daniel..... resistid al rey..... y caso necesario..... perdedlo todo antes que la virtud.....»

CAPÍTULO V.

SI TU OJO DERECHO TE ESCANDALIZA,  
ARRÁNCATELE.

Entramos ya en el desenlace de esta historia; desenlace real y efectivo, desenlace honroso, por más que él constituya en la apariencia una verdadera catástrofe..... Ejemplos de virtud como el que vamos á bosquejar, debieran figurar en la historia con letras de oro. Pero ¡ay!.... que la virtud es modesta, y los hombres son vanos y ostentosos..... Decidles que historien la vida ruidosa de un hombre público, por más que toda ella haya sido un tegido de oprobios, de infamias y de maldades..... y no titubearán en daros este nuevo escándalo..... y les vereis apresurarse á complaceros, y á lucir su talento ó su erudicion, aun á costa de penosas vigili-  
 as, y de trabajos sin cuento..... Pero decidles que inviertan una sola hora en daros á conocer esos hermosos ejemplos de virtud, tan provechosos para la educacion de los pueblos, y que como

las azúcnas de los valles, viven y mueren en la oscuridad y en el retiro..... y no hallareis en ellos sino desden, frialdad y sarcasmo..... ¡Miserable condicion humana, que así huyes del benéfico fuego que alumbra y vivifica la tranquila cabaña del pastor de Betlen, para abrasarte cual aturdida mariposa en las impuras llamas que carbonizan á la infiel Sodoma!....

Consolada quedó doña Marina con las caritativas instrucciones del virtuoso Prior de Guadalupe; pero no por eso descansó en la vigilancia y cuidado sobre sí misma, que nunca se teme ni horroriza tanto el pecado como en el estado de la gracia. Por otra parte; menester es confesar que la situacion de doña Marina, era en estremo crítica y comprometida. Quería y estaba resuelta á seguir los consejos de su director, y por consecuencia, á perderlo todo antes que la virtud..... pero al propio tiempo reconocia que nada podia perder con más facilidad que aquello mismo que á todo trance queria conservar..... Si lograba huir de la violencia..... ¿sería igualmente afortunada, para sustraerse á la tentacion?.... ¡Oh!.... que en este punto sentia faltarla el valor..... y sin embargo sabia muy bien que un solo pensamiento impuro la mataria en espíritu, y la divorciaria de su Dios y de su madre..... «Todo—esclamaba entonces—antes que esto..... Renuncio—añadia—á un siglo de felicidad conyugal al lado de Daniel..... si para obtener esta dicha, necesito descongraciarme por un solo instante con mi Dios y mi Señor. Que no vuelva, pues á entrar en mi casa Daniel,

mientras no pueda hacerlo con el título de esposo mio.... Pero ¡ay! que para ésto necesito á mi hermano, y mi hermano no está aquí.... necesito tiempo.... necesito olvido.... y Daniel no se separa de mi memoria.... y los deseos fermentan en mi corazon.... y el tiempo y la dilación me matan.... ¡Dios mio! ¡Dios mio!....» y doña Marina lloraba.... y sus conflictos crecían, sin atreverse á resolver cosa alguna.... cuando la anunciaron una segunda visita del rey, quien señalaba para ella, la hora de media noche.... Pasmóse doña Marina al ver que su espíritu vagaba entre dos infiernos.... y que no podia luchar con el uno, sin que el otro se le apareciera cual fantasma funesto.... ¡Ay! sus lágrimas dejaron de correr en aquel momento, y cual si estuvieran disgustadas de abandonar sus ojos, quedaron asidas de sus pestañas.... Quiso volver á llorar, y el corazon la negó hasta este último y triste consuelo del desgraciado.... Desconcertada entonces, dejóse caer en un sillón, y dirigiéndose al criado que la habia anunciado la visita, y que permanecia inmóvil en el dintel de la puerta cual si esperara alguna contestacion; le dijo:

—Que preparen los caballos.... quiero marchar con mi hermano.... quiero alcanzarle esta misma noche....

—¡Es inútil—dijo desde la antesala una voz conmovida, y llena de desesperacion—su señoría ha previsto vuestra fuga.... y una guardia de honor tan numerosa como la del alcázar, rodea en la actualidad vuestro palacio!!!.

La voz había callado ya..... y sin embargo; aún continuaba resonando de una manera fatídica en el corazón de doña Marina, quien había reconocido en aquella voz..... *la voz de Daniel.....*

Trastornada, pues, completamente doña Marina, púsose en pié..... las bellas proporciones de su esbelto talle se dibujaron por medio de la sombra á la manera del imponente busto de una Diosa..... agitóse su pecho..... reanimóse con el carmin, el coral de sus labios..... y cual si toda la vida de aquel lindísimo cuerpo se hubiera reconcentrado en su hermoso seno, empezó á elevarse éste al compás de los sonoros latidos de un corazón preñado de sangre, á la par que temblaban sus débiles piernas, y desmayados sus brazos caían sin fuerza al uno y otro lado..... Tal fué la impresión que á esta mujer singular causó el reconocimiento de aquella voz en tan críticas circunstancias.

—Señora—dijo entonces el criado, que sin notar lo doña Marina había desaparecido, y volvía á presentarse con una bandeja en la mano—el mensajero de su señoría que acaba de salir precipitadamente, me ha ordenado os entregue estos pliegos.....

Doña Marina hizo un grande esfuerzo sobre sí misma, y logrando al fin dominarse algun tanto, tomó con mano trémula los dos paquetes que el criado la presentaba, abriéndolos ambos con una agitación estremada. El uno era del rey; el otro de Daniel.

El primero decía:

«Se me acaba de denunciar una conspiracion de varios nobles descontentos, á cuya cabeza figura con manifiesta ingratitud el Comendador mayor de la Orden de Alcántara. Me propongo, pues, descubrir personalmente lo que haya de cierto en el particular porque estimo, como sabeis, al Comendador. Pero por lo mismo, si me vende, caerá sobre él y su casa todo el rigor de mi justicia..... así como no tendrá límites mi munificencia en el caso contrario..... No olvidéis pues que esta misma noche, y en vuestra misma casa, pronunciaré la sentencia *segun los méritos que para ello se me ofrezcan*..... lo cual tiene á bien participaros, por evitaros toda sorpresa y por pura deferencia á vuestra clase y sexo: el rey.»

Y en el segundo se leía:

«Tal vez logre sorprender á otros el rey, pero no á su pintor Daniel, que sabe muy bien que la supuesta conspiracion no tiene otro objeto que el de encubrir y facilitar el logro de una infame pasion..... ¡Desdichado de mí que puse vuestro retrato en manos del Condestable; viniendo así á ser la causa de vuestra desgracia!!!.. Sí, doña Marina..... hace más de un año que hice dos copias de vuestras gracias..... la una es el Angel Custodio que visteis en mi casa..... la otra la tiene el rey, y es la que ha encendido su criminal pasion..... Ahora bien; puesto que no puedo dudar que soy el reo..... quiero tener valor para sentenciarme á mi propio..... Esta noche..... despues que su señoría abandone vuestra casa, necesito yo veros. Si

no me lo permitís, me mataré..... y mi espia-  
cion y mi suplicio acabarán más pronto.... Si  
me lo permitís, iré á arrojar me á vuestros piés  
(que es mi deseo) para lograr mi perdon, y mo-  
rir despues, de alegría, si os habeis salvado.....  
y de desesperacion y de pena, si habeis sucum-  
bido: Daniel.»

—¡Ah, Señor!....—esclamó doña Marina ele-  
bando al Cielo sus hermosos hojos, tan luego  
como terminó la lectura de estas cartas—¿Qué  
hombres son estos?.... El uno no se desdeña  
de marchar al crimen por el camino de la im-  
postura y de la infamia..... y el otro..... ¡oh! el  
otro más ciego todavía aunque ménos culpa-  
ble..... se olvida de que la virtud es incompati-  
ble con la desesperacion..... Perdonadles Se-  
ñor..... pero no daré á ellos ni á ninguna otra  
criatura un amor y un corazon que á sólo vos se  
deben..... Resuelta estoy, Dios mio, disponed  
de mí..... en nada me separaré de vos en ade-  
lante. Pero ¿qué digo?.... ¿en qué fundo tan pre-  
suntuosa seguridad, cuando los peligros me  
cercan, la violencia me combate y la tentacion  
me asedia? ¡Ay!.... Mi razon se ofusca, y mis  
fuerzas me abandonan.....—concluyó diciendo  
doña Marina, volviendo á caer por algunos ins-  
tantes en su languidez y postracion primeras.....  
Pero reanimada despues con una fuerza sobre-  
natural, se dirige precipitadamente á una imá-  
gen de la Purísima Concepcion, y postrándose  
ante ella la suplica de esta manera:

—«Madre mia..... vos que sois la fuente de  
la pureza, el amparo del desgraciado y la Madre

de los huérfanos..... ¡Socorredme, Señora, y asistidme en tan angustiosos instantes!!!.. Vos no ignorais que estoy sola..... que son grandes los peligros que me rodean..... y que su proximidad es apremiante..... Vos no ignorais tampoco que es sincera mi resolucion de no faltar á un Dios, y que solo se me esconden los medios, porque me hallo muy turbada y no los sé descubrir..... Veo sí el peligro..... veo mi voluntad y mi flaqueza..... pero..... nada más. Pues bien Señora, dadme vos lo que me falta..... dadme vuestra ayuda; y con ella, mi salvacion..... Son ya las once..... y dentro de una hora habré de empezar un combate para el que me hallo débil y desprevenida..... Vendrá el rey..... y sobre todo oh..... sobre todo, vendrá Daniel..... los dos habrán de verme sola, porque los dos me fuerzan á ello; el uno con su autoridad y sus asechanzas..... y el otro con sus amenazas y desesperacion..... ¿Y qué será de mí, si vos no me socorreis?..... ¿Cómo podré de otro modo vencer la violencia del rey..... y la de mi propio corazon?..... ¡Venid, Señora, venid en mi ayuda, y decidme lo que he de hacer!!!..—y doña Marina reclinó llorando su bellissima cabeza sobre la mesa de ébano colocada á los piés de la Virgen. ¡Cosa admirable!!!.. ¡Raro prodigio!!!.. Un libro que habia en la mesa titulado: «Máximas del Evangelio, y resúmen de la moral cristiana,» se abrió entonces como por sí solo á un leve roce de la frente de doña Marina, y cual si cediera á uno de esos impulsos ó causas desconocidas que los *filósofos* y los *nécios*

llaman *casualidad*, y que los cristianos llamamos *Providencia*..... presentó ante los ojos de aquella la siguiente sentencia y comentario:

«*Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo; quiere decir, si lo que te es más apreciable y de mayor utilidad, te es una ocasion de pecado, córtalo, huye de ello, sacrificalo sin dilacion cueste lo que costare.*»

Doña Marina leyó..... su fé la instruyó..... y no necesitó más, ni se detuvo ya. Incorpórase con resolucion, y su hermosa figura resplandece con una belleza infinita formada por mil rayos de luz, de esperanza y de alegría que se desprenden de su frente, de su corazon y de sus labios.

—Si..... esto es—esclama—¡Gracias madre mia, pues que como siempre me habeis escuchado!..... Yo no sabia más que llorar..... pero ahora ya sé obrar..... ¡Qué limitada es la razon humana!..... En todo pensaba yo, ménos en la causa de mi afliccion y de mis males..... ¡cómo habia de destruirlos!..... *Si tu ojo derecho, si lo que te es más apreciable* (creo que habla con mi vanidosa hermosura..... es indudable; prosigamos) *te escandaliza..... te es una ocasion de pecado* (como así es verdad..... y no sólo en cuanto á mí, sino tambien con respeto á otros) *arráncatelo..... córtalo..... huye de ello..... sacrificalo sin dilacion, cueste lo que costare.....* A ello voy, madre mia!..... ¡Perezca esa presuntuosa belleza, causa de propios y de ajenos peligros.....—y doña Marina llamó á sus criados,

y les mandó poner en su alcoba cierta porcion de aceite hirviendo.

¡Heróica resolucion que doña Marina consumó con un valor y una firmeza más heróicas todavía!.... Sí; porque al consumarla vió reflejarse en el espejo su encantadora imágen; nunca se pareció tan hermosa así misma y sin embargo no titubeó.

—*No permita Dios*—dijo dirigiéndose á su carne y á su propia belleza—*que por tí caiga yo en tan vil y torpe pecado*—y se roció el rostro, pecho y garganta con aquel líquido hirviendo y destructor. ¡Ay, muy en breve la asombrosa hermosura de aquel siglo, obra perfecta y privilegiada del Soberano artífice, se convirtió en dolorosísimas llagas, y en monstruosa deformidad!.... ¡Pobre belleza humana, cuán frágil y transitoria eres!

Doña Marina habia consumado el cruento sacrificio, y cual si su carrera y su mision hubieran terminado ya sobre la tierra, se recogió en su cama con la tranquilidad en el alma y el sufrimiento en el cuerpo.

Pocos minutos despues, el rey, Daniel, fray Gonzalo de Illescas, con los médicos y servidumbre de doña Marina, rodeaban el lecho de ésta, sobrecogidos de espanto, de admiracion y de respeto. Mudos todos contemplaban aquel cuadro, cuando el rey y Daniel exclamaron dirigiéndose á doña Marina:

—¡Qué habeis hecho!!!...—Y doña Marina contestó:

—Salvarme y salvaros.

Al oír esta contestacion, el rey y Daniel cayeron de rodillas.

—¡Perdon! Perdon!—digeron—¡Sois un Angel!!!..

Todos los circunstantes siguiendo el egemplo del rey y su pintor, se postraron entonces en tierra, y un silencio y recogimiento respetuosos, interrumpidos de vez en cuando por lágrimas y oraciones, dieron á aquella escena el tierno carácter de un acto religioso.

Algunas horas despues, doña Marina no existia ya en el mundo. Ella no habia pensado seguramente en suicidarse, pero Dios no quiso dilatarla por más tiempo el premio de sus virtudes. El rey dispuso que sus exequias fúnebres fueran en toda regla. Hizo grabar una corona real sobre la losa del sepulcro, y mandó á su pintor Daniel representara en un cuadro la dolorosa escena de aquella noche, y le hiciera colocar por cima de dicho sepulcro, con la particularidad de que doña Marina tuviera coronada su cabeza, y el rey, descubierta y humillada la suya; como así se realizó, viniendo á resultar de aquí, el que en adelante solo se conociera á doña Marina con el nombre de LA CORONADA.



## CONCLUSION.

El rey don Juan II no volvió á separarse más del sendero de la religion, entregándose completamente á la direccion y cuidados del venerable Prior de Guadalupe y de su ilustrísima el Obispo de Cuenca. Restituido inmediatamente á Valladolid, y aquejado de nuevo por sus padecimientos, vivió despues muy poco, pero de una manera ejemplar.

Daniel encerró sus talentos, su amor y sus memorias, en el solitario Monasterio de las Batuecas, donde en breve hizo de cada monge un artista cuyos trabajos se admiran aún en el día de hoy, apesar de la tosca materia en que se ejercitaron que no es otra en lo general, que el corcho y cortezas de los árboles.

Y finalmente, don Alonso perdonó al rey, y adoptó por suya la familia de Daniel, con quien vivió recordando siempre á su madre y á su hermana.

TERCERA Y ÚLTIMA LEYENDA.

UN MILAGRO

DE

**SAN FRANCISCO.**

TERCERA Y ÚLTIMA LEYENDA.

UN MILAGRO

de

EL SEÑOR DON JUAN DE LOS RÍOS

## CAPÍTULO PRIMERO.

### *La tertulia de su ilustrísima.*

Por los años de 1343 ocupaba la silla episcopal de Ciudad-Rodrigo Su Illma. don Pedro Diaz, IV de este nombre y natural de esta Ciudad. Dotado de una imaginacion viva, ardiente y entusiasta, á la par que de un alma recta y generosa, vivió este prelado en continua lucha consigo mismo y con sus propias pasiones, fogosas en demasía. La historia no ha sido justa con él; pues nos lo presenta muy entregado al vicio de la sensualidad, y dando mal ejemplo á sus ovejas con su mala vida y escándalos etc. No; no fué este don Pedro Diaz; el demonio de la carne le persiguió sí, furiosamente; pero nunca ó casi nunca logró que triunfara en él completamente la materia sobre el espíritu. ¿Y cómo de otra manera habrian de explicarse los celestiales prodigios conque le favoreció la Divina misericordia?.... Pero dejemos aparte cuestiones

tan obstrusas, y entremos desde luego en nuestra historia.

Corrian ya los últimos dias del mes de Abril del precitado año, y aún continuaba tan animada y concurrida la tertulia de Su Illma. como en el rigor del invierno. Ninguna edad era allí desdeñada; y si bien á la juventud se la dispensaba alguna más tolerancia en cuanto á sus vivacidades, nunca se la permitia el abuso de esta licencia, ni mucho ménos la más mínima falta en las consideraciones y respetos debidos á la ancianidad. Sin embargo, no por eso dejaba de traslucirse en Su Illma. cierta preferencia mal disimulada hácia esa hermosa edad de la vida, en que el hombre nada sabe hacer por cálculo, y en que lo bueno y lo malo sale siempre del corazon, y es en cierta manera más bueno y ménos malo que en las otras edades. Por eso sin duda se inclinaba á ella Su Illma. y si al verificarlo no hubiera incurrido nunca en debilidad alguna, menester era alabarle sin restriccion sobre el particular; porque nada hay seguramente tan horroroso y deforme para los ojos del alma, lo mismo que para los del cuerpo, como la oscuridad y las tinieblas.

En la noche del 25 de Abril, los contertulios de su ilustrísima prestaban una grande atencion á la conversacion que el último seguia con uno de sus más jóvenes capellanes, á quien decia:

—¿Conque aquel gallardo jóven, á quien he encontrado ya varias veces orando en la capilla

de San Francisco, es el protagonista de tu historia?

—El mismo, señor.

—Pues te aseguro que me interesa por sus costumbres y devociones, aún más que por su figura, por su valor y por su historia. Prosíguela.

—Ya digo á vuestra señoría que el padre de nuestro don Juan murió agoviado por el disgusto de ver gastada casi toda su hacienda en el ruidoso pleito tan injustamente perdido y á virtud del cual se le desposeyó del más pingüe mayorazgo de Estremadura. Dige tambien, como algun tiempo despues, principiaron los amores del interesante huérfano con la doña María, y cuan grande y decidida fué la oposicion suscitada por el padre de ésta.

Nada ha bastado sin embargo para desunir dos corazones que parecen ligados por el cielo; y todo el mundo abriga la conviccion de que á pesar de los obstáculos que se les suscitan, doña María Yañez Figueros vendrá á ser al fin, la esposa de don Juan Fernandez de Sotomayor. Y esto tiene tanto más visos de probabilidad, cuanto que aparte de lo mucho que las lágrimas de una hija tan hermosa pueden en el corazon de un padre tan cariñoso como el suyo, éste es noble y español; y ya sabe vuestra señoría ilustrísima que basta y sobra uno de dichos títulos para que un hombre no olvide jamás las obligaciones de honor que ha contraído.

—¿Obligaciones de honor, dices? ¿Y hácia quien; hácia don Juan?

—Sí, ilustrísimo señor; y vuestra señoría va

á juzgarlo por sí propio. En el último otoño, doña María y su padre habitaban la pintoresca quinta del Valle, propiedad suya, situada á unas dos leguas de la villa de Cáceres. Una tarde, casi al oscurecer, el padre y la hija paseaban solos por el bosque de naranjos inmediato al caserío, cuando fueron bruscamente interrumpidos por un hombre envuelto en una manta y que á primera vista descubrió desde luego lo que era, un facineroso.

—Mil duros—dijo enarbolando un puñal sobre las cabezas del padre y de la hija—no es una cantidad que falte nunca de los bolsillos de un mayorazgo cualquiera..... no puedo creer pues que no los haya en los vuestros. Ahora bien, como mi posicion es un poco falsa pues sé muy bien que estoy muy cerca de vuestros criados, no admito réplicas sobre el particular, ó el dinero ó vuestra hija..... pero tened en cuenta que en este último caso la cantidad será doblada si quereis rescatarla..... y además nos acompañareis por espacio de media hora hasta salir de la cerca donde encontraremos á mis compañeros y ya no tendremos que temer á vuestros criados.....

Conociendo muy bien don Alonso por semejante discurso, que el verdadero proyecto del bandido era robarle á su hija para ponerla á precio de rescate; y comprendiendo por otra parte que eran inútiles los ruegos y las resistencias con un hombre tan desalmado que habia tenido valor para sorprenderle á la puerta misma de su casa, y casi en medio de sus cria-

dos, iba á proponerle el que se quedara por Dios allí mismo con su hija sin llevarla á parte alguna, y que le traeria inmediatamente por sí mismo todo cuanto le pidiera; cuando doña María que habia logrado hacerse superior á la sorpresa, no pudiendo hacer otro tanto con la idea de verse separada de su padre y en poder de semejante hombre, se abrazó de aquel precipitadamente quedando en el acto desmayada. Este incidente inquietó algun tanto al bandido, quien con un gesto horriblemente amenazador exclamó:

—La culpa es mia..... estoy dispuesto á no perder más tiempo..... ¡Ea!.... ¡Ayudadme á llevar á vuestra hija á donde sabeis, y, sino..... la mato en el acto!!!..—y el bandido levantó en efecto su puñal sobre el pecho de doña María.

¡Terribles momentos para el corazon de un padre! ¡Oh!.... don Alonso hubiera dado en ellos la mitad de su vida por la más inútil ó insignificante de sus armas..... Pero se hallaba completamente desarmado..... y solo..... Por otra parte el puñal del salteador se iba aproximando por instantes al seno de doña María..... y tal vez la más mínima accion de resistencia ó auxilio hubiera sido una sentencia de muerte..... No habia pues remedio alguno..... don Alonso se resignó (si así puede decirse), y con una calma más desastrosa que la desesperacion exclamó:

—¡Vamos pronto!!...—y tomó á su hija por los brazos, mientras el bandido lo hacia por los piés sin soltar nunca el puñal..... Pero de pron-

to y cuando ya habian empezado á caminar.... se oye un ruido producido por una persona que sin saber cómo y con la velocidad de un rayo se ha puesto de un salto al pié del facineroso.... Éste suelta á doña María.... enarbola su puñal.... y no tiene tiempo para más.... Una mano de hierro se opone á la suya con una fuerza sobrenatural, y la empuñadura de una espada viene al propio tiempo á herirle en la frente con tan rudo golpe, que le obliga á caer en el suelo sin sentido.... El desconocido prescinde entonces completamente del bandolero.... y tomando en sus brazos á doña María, dice á su padre:

—Don Alonso, estais fatigado y es menester llegar pronto á vuestra casa para socorrer al instante á vuestra hija.... Permitidme la honra de prestaros este servicio, si así puede llamarse el cumplimiento de un deber....

Y don Juan (pues no era otro el valeroso desconocido), se puso en marcha seguido de don Alonso á cuya quinta no tardaron en llegar. Una vez en ella, doña María no tardó tampoco en recobrase; pero antes de que tuviera tiempo para conocer las nuevas obligaciones que la ligaban á don Juan, éste, por un instinto de delicadeza que le es peculiar, se apresuró á despedirse de don Alonso quien trató de detenerle, aunque inutilmente. Don Juan marchó pues pidiendo perdon y disculpándose como pudo por su encuentro en aquellos sitios y á aquellas horas, pero don Alonso no estaba entonces en disposicion de acriminar ni de dar oidos á se-

mejantes niñerías..... Despidió á don Juan por su parte, con toda la cortesanía debida á un bienhechor, haciéndolo acompañar por uno de sus criados, y entró al instante á referir á su hija los pormenores del suceso, con sincero entusiasmo, y sin acordarse por consiguiente de que daba nuevo pábulo al amor que combatía.....

Inagotable para el bien el corazón de don Juan, tan luego como se vió fuera de la casa de don Alonso, se dirigió via recta al sitio de la ocurrencia, con ánimo de recoger al mal parado bandolero, y de prestarle privadamente cuantos auxilios necesitara, «porque (decía para sí el generoso jóven), si el primer deber es la justicia..... el segundo es la caridad..... Pero el bandido habia desaparecido ya, no sospechando tal vez que cupiera tanta generosidad en el corazón de los ricos..... No obstante, pocos dias despues, don Juan tuvo ocasion de ejercitar su magnanimidad con el propio salteador, de quien se vió acometido, y á quien volvió á vencer no lejos de aquel sitio.

—¿De veras? preguntó su Iltma. con marcada complacencia.

—Sí, Iltmo. señor—prosiguió el capellan—porque el bandido en cuestion, es hombre que ante todo presume de valiente, y su amor propio en esta parte es tan grande, que habiendo conocido á don Juan en el momento de ser herido por él, formó el proyecto de «darle una buena leccion (como él dijo) cuerpo á cuerpo, y frente á frente, y no por sorpresa..... para que aprendiera (añadia) á respetar á los valien-

tes.....» Poseído pues de esta idea, halló modo para enterarse de los días y horas en que el enamorado don Juan atravesaba solo el terreno que separa su pequeña casa de campo, de la quinta del Valle, cuando le salió al encuentro estorbándole por aquella noche sus amorosos coloquios.

—«He podido asesinaros, le dijo, pero quiero venceros..... Por eso en vez de salir por detrás con puñal, os salgo por delante y con espada..... En algo se han de diferenciar los que son valientes, de los que presumen de serlo; en guardia pues fanfarronillo..... y en adelante, quitadme el sombrero cuando me veais.....»

Don Juan no juzgó digno el contestar..... Contentóse pues con acometer, y á los pocos momentos el bandido habia caído por segunda vez á sus piés, herido en el hombro derecho con una buena estocada. El golpe que recibió en la caída, la mucha sangre que en un instante vertió por la herida, y tal vez tambien la rabia de verse vencido, ocasionó en el salteador una especie de síncope que hizo creer á don Juan que estaba muerto. Pero cerciorado despues de su existencia, le restañó como pudo la herida, y con auxilio de un jardinero que encontró allí próximo, lo trasladó á su casa de campo, donde le ha asistido y convertido á fuerza de generosidad y abnegacion. En primer lugar, le solicitó y obtuvo del rey un completo indulto, mientras curaba de su herida; y despues le ha hecho donacion de la casita y cerca donde le recogió.....

—¡Oh, eso es magnífico!....—esclamó entusiasmado Su Il<sup>ta</sup>ma.

—Lo es en efecto Il<sup>to</sup>mo. señor—prosiguió el narrador—y tanto, que hasta el corazón del bandido no ha podido permanecer indiferente á tanta grandeza de alma, y es en el día lo que don Juan se propuso que fuera, esto es, un verdadero hombre de bien, y por de contado el más fiel y decidido de sus criados ó domésticos. Le sigue á todas partes, le ama con delirio, y dice que ha de vivir y morir con él aun cuando él no quiera, y que ni desea ni aceptará de su amo más beneficios que el de vivir siempre á su lado.

—Vea pues vuestra Il<sup>ta</sup>ma. lo que es don Juan, y á la vez si es ó no cierto que le está obligado don Alonso.....

—Quién podrá dudarlo—dijo el Obispo—y me choca por el contrario, que con tales antecedentes y circunstancias se prolongue aún la oposicion de don Alonso. ¿Cuál podrá ser la causa? ¿No se dice?

—Unos dicen si será la desigualdad de fortunas, pues como sabe ya vuestra Il<sup>ta</sup>ma. la de don Juan ha quedado reducida á muy poco; y otros que no puede ser eso, y sí algún compromiso particular por parte del padre de doña María. Pero aunque lo primero parezca más inverosímil, lo cierto es que don Juan trata de marchar á la conquista de Algeciras, y se dice que con ánimo de alcanzar por premio no honores sino riquezas, lo cual sería inconcebible en él, sino fuera verdad que es su pobreza ó

—escasez de fortuna, lo que se opone á su dicha.

—¿Y será pronto su marcha?

—Se dice que dentro de tres ó cuatro dias, Ilmo. señor.

—Entonces ¿cómo se decidió á acompañar hasta esta Ciudad y para tan pocos dias á don Alonso y á su hija?

—Cosas de enamorados, Ilmo. señor.....—repuso sonriéndose el Capellan.

—Es verdad—añadió el Obispo—pero dime ¿pararán algun tiempo en esta poblacion doña María y su padre?

—Hasta la primavera segun he oido; pues piensan visitar todas las posesiones que tienen en este obispado y creo son bastantes.

—Oh, pues entonces..... Tal vez se me presente ocasion..... desearia intervenir en favor de tu paisano y protagonista.....

—La ocasion tal vez no esté muy difícil de hallar—prosiguió el Capellan—pues segun he oido al mayordomo de don Alonso, éste y su hija vendrán mañana mismo á besar la mano de vuestra Ilma.

—Pues me alegro—replicó el Obispo generalizando luego la conversacion, y haciéndola recaer sobre varias especies, que siguieron animando la tertulia de aquella noche.



## CAPÍTULO II.

### Misterios del corazón.

Grande era la alegría de Su Il<sup>ta</sup> al día siguiente de haber conocido la historia de don Juan y de sus amores con doña María. Vivamente interesado en favor del valiente y virtuoso huérfano, no había dejado de pensar en él durante toda la noche, haciendo mil proyectos y formando cien castillos en el aire; cuando un incidente inesperado vino á proporcionarle cuanto deseaba. Después de haber desempeñado Su Il<sup>ta</sup> con la puntualidad y exactitud que acostumbraba todas sus obligaciones y atenciones episcopales, se entregó á sus devociones particulares, entre las cuales merece una especial mencion la que desde niño había profesado al Seráfico padre San Francisco. ¡Oh! las heroicas virtudes de este gran santo le cautivaban el alma, y eran tales el respeto y amor que le inspiraba, que nunca hablaba de él ni le rogaba

sino con lágrimas. Pidióle pues aquel dia como siempre su proteccion; y rogóle la dispensara tambien á aquel jóven que como él se arrastraba con frecuencia á los piés del santo. «Bien sabeis (le decia en su oracion mental) que he visto más de una vez las pruebas de su amor hácia vos..... que vea yo tambien que alcanza por vuestra intercesion la recompensa de sus virtudes!!!!.»

No se hizo sordo el santo á sus clamores. Siendo la hora en que Su Illtma. solia dedicarse á asuntos temporales, entró en su gabinete el Capellan (á quien ya conocen nuestros lectores) llevando varios pliegos cerrados que entregó al Obispo, quien los fué abriendo y leyendo uno por uno. Llamóle entonces la atencion un pliego que leyó por dos ó tres veces con grande emocion, y que le hizo esclamar por último: «¡ya hallé lo que buscaba!....» El pliego era de un párroco de la Diócesis, y su contenido una consulta sobre cierta restitucion. Decia así en sustancia:

«Illtmo. señor:

»Hace seis dias está depositada en mi poder una gran suma tan pingüe, que constituye por sí sola una inmensa fortuna. La persona que hizo este depósito y cuyo nombre ignoro porque no lo reveló; me dijo, estar dedicado aquel á una restitucion de conciencia que deseaba hacer por mano de vuestra Illtma. á un jóven huérfano recién llegado á esa, cuyo nom-

bre era don Juan Fernandez de Sotomayor. Pero es el caso, que segun me añadió el interesado, un correo que le habia alcanzado en este pueblo, le traia tales y tan trascendentales nuevas de familia, que no sólo le obligaban á retroceder desde este punto, sino á desmembrar en diez mil duros, el total de la suma que deberia restituirse, por lo que dejaba depositado el resto en mi poder, con espreso encargo de que lo pusiera en el de vuestra Illma. para el dicho objeto, tan luego como el capital *se hallara completo y no antes, por cuanto se le habia ordenado la restitucion íntegra, con la terminante advertencia de que sólo así y no de otra manera seria válida, y lograria el descargo de su conciencia en este punto.* El desconocido se marchó á seguida y precipitadamente, mostrándome al montar á caballo á uno de sus criados, el cual me dijo volveria en breve con el déficit, por ser de su confianza, sin añadir otra cosa sino que deseaba el sigilo para todos los que no fueran vuestra Illma. y yo. En tal estado, y cuando yo esperaba el regreso del criado, para poner el depósito en manos de vuestra Illma. una vez que estuviera reintegrado, y para acompañar entonces las instrucciones necesarias, me encuentro con que el criado, vuelve en efecto esta mañana; pero para decirme únicamente las siguientes palabras: «mi amo ha muerto casi de repente al llegar á su casa, y me encargó viniera á manifestároslo, sin decirme con que objeto pues no pudo hablar más, por cuanto espiró al darme este encargo.....»

Ahora bien Ilmo. señor; me hallo con un depósito destinado ya á persona determinada, que por consecuencia no puedo restituir á los parientes ó familia del que lo hizo..... pero á la vez, no puedo tampoco (á mi entender) dar los pasos consiguientes para que sea entregado á la persona á quien se destinaba, por hallarse incompleto y haberseme prohibido obrar interin se encuentre en tal estado. ¿Qué hacer pues?....

»¿Recurriré á la familia del finado pidiéndole los diez mil duros que me impiden el cumplimiento de la voluntad de aquel? Pero entonces infrinjo en más ó ménos el deber del sigilo que tanto se me encargó. ¿Pondré en manos de vuestra señoría Ilma. el depósito en el sér y estado en que se halla?.... Pero esto es principio de restitucion, y ésta no puede tener lugar sino en el todo, puesto que así estaba ordenado y advertido, y á mí no me es lícito ni me toca variar ni modificar en lo más mínimo un precepto de conciencia, cuyo fundamento ó causa desconozco, y cuya materia es cosa tan sagrada, que en ella no puede hacerse á mi entender otra cosa que respetar y cumplir. Sólo un medio se me ocurre, y es el de completar el déficit por medio de limosnas ó sea apelando á la caridad pública con la única espresion de *para un necesitado*..... pero ¿cómo obtener por este medio nada ménos que *diez mil duros*?....

»En tal conflicto pues, he creído de mi deber recurrir en consulta á vuestra Ilustrísima, sometiendo á su autoridad é ilustracion mis

irresoluciones, y suplicándole ilumine mi inteligencia con sus superiores luces, á la par que salve mi conciencia con sus determinaciones ó mandatos sobre el particular.

Soy humilde y respetuosamente etc., etc.»

—Es muy fácil salvar el inconveniente—prosiguió diciendo Su Il<sup>ta</sup>. lleno de una alegría expansiva.—No hay que apurarse señor párroco; respeto vuestros escrúpulos, y lo que es más, confieso que participo de ellos..... pero es el caso, que estamos entre cristianos y por consecuencia, no es tan difícil como os parece ni tan inaccesible la caridad pública.....—Y mandando á su Capellan que escribiera, le dictó lo siguiente:

«Al párroco de etc.—Os remito los diez mil duros que os impiden dar principio á la restitucion sobre que versa vuestra consulta, y cuyo déficit ofrece espontáneamente por amor de Dios y en honra del Seráfico Padre, un devoto suyo. Escuso por lo tanto daros mis consejos ni órdenes algunas sobre el particular. Recibid etc.»

Y Su Il<sup>ta</sup>. mandó al Capellan que hiciera despachar inmediatamente un correo que condujera á su destino aquella carta con la cantidad espresada en ella, y luego le preguntó en esta forma:

—¿Digiste anoche en la historia de don Juan que el padre de éste perdió con notoria injusticia un ruidoso pleito que le desposeyó de su principal mayorazgo?

—Así es la verdad, Il<sup>mo</sup>. señor.....

—¡Oh!.... pues entonces ya comprendo..... sí, eso debe ser.....—añadió el Obispo sin apercibirse de que lo expansivo y generoso de sus alegrías iba haciendo traicion á la prudencia.....

—Ve pues—prosiguió—haz cuanto te he ordenado, y procura de paso ó á la vez, que tu protagonista de anoche no se de prisa á marchar contra los moros de Algeciras, porque ya no necesita..... pero..... basta pues estoy diciendo tonterías.....—Y Su Il<sup>ta</sup>. como buen español *aunque tarde, acordó al fin*..... y calló.

El Capellan favorito y que (dicho sea de paso) hacia las veces de confidente y áun de secretario particular de Su Il<sup>ta</sup>. como hemos visto, salió á desempeñar los encargos de aquel, con la fidelidad que cumplia á los muchos títulos con que se veia honrado, pero (como es de suponer) tan enterado del asunto cual si el Obispo no hubiera usado con él de reticencias de ningún género.

Por su parte, Su Il<sup>ta</sup>. prosiguió todavía por gran rato entregado á la más sincera alegría, hasta que cual le habia asegurado su Capellan, se le anunció la visita de don Alonso y de su hija..... Y decimos que hasta este acontecimiento duró su alegría, porque si bien creció esta al principio de la visita, es lo cierto que durante ella concluyó, y para no aparecer jamás en el corazon de Su Il<sup>ta</sup>., á lo ménos bajo las formas y calificativos puramente humanos.

¡Misterios del corazon!.... No preguntéis lectores la causa de lo que os voy á referir, puesto

que ya os digo que son misterios..... Ni tacheis tampoco á esta historia de inverosímil en el particular, porque apelaré de semejante fallo para ante vuestro propio corazon y vuestra propia esperiencia. A la simple vista de doña María, la placentera alegría de Su Iltma. se hizo mayor y más expansiva; pero á la contemplacion más detenida de aquella belleza, el Obispo, decimos mal, *el hombre se entristeció*, y quedó disgustado de todo lo que poco antes formaba sus delicias y contento. ¿Por qué es esto, corazon humano?....

¿Acaso eres susceptible no sólo de variar, sino lo que es más de negarte á tí propio en tan breves instantes? Lo eres en efecto..... bien lo veo; pero ¿por qué? He dicho que es un misterio, y lo es en verdad para la razon humana, para el hombre; pero no para el cristiano que ve al través de esas contradicciones ó negaciones propias, la caida de sus padres, la prevaricacion de su estirpe, y al hijo de Dios, Adan, envuelto por la serpiente.

Su Iltma., pues, se vió de repente dominado por esa tristeza odiosa, que torciendo nuestro corazon, nos presenta como despreciable, pueril y tal vez ridículo, todo aquello que poco antes llenaba de una alegría pura nuestra alma, entusiasmando la razon. A merced de la sensacion del momento, poseido de un formidable grito de concupiscencia salido del fondo del corazon á la contemplacion detenida de una belleza incomparable (cual lo era sin disputa la de doña María), el Obispo don Pedro halló insustancial y

hasta *tonto* su anterior entusiasmo..... y lo que es más, llegó á condenarlo áun en la moral, calificando de vanidad el hermoso y sofocado arrobamiento de su conciencia anterior..... Tal es el hombre; no puede hacer traicion á su Dios sin hacerla antes á su propia razon y á todo su sér..... Pero no vayamos demasiado lejos en el particular, fallando éste acontecimiento con sobrada acritud. El ódio es bueno para el pecado, más no para el pecador. Quien á este ódia, en vez de compadecerlo, da muestra de la más ciega ignorancia..... se desconoce á si propio..... ¿Quién será el hombre que pueda condenar á su hermano? ¿Quién podrá llamarse justo? ¿Y no siéndolo? ¿con qué título entraremos á sentarnos como jueces en el templo de la justicia? *Quién de nosotros esté sin pecado, coja y tire la primera piedra, no contra el Obispo (que quien peca es el hombre) sino contra don Pedro el pecador.....*



### CAPÍTULO III.

#### Los sueños de un Capellan.

Don Juan Fernandez de Sotomayor habia suspendido los preparativos de su viaje, y se le veia hablar con frecuencia é interés al Capellan favorito de Su Il<sup>ta</sup>. El Capellan por su parte habia presenciado con indecible júbilo la entrada de un gran tesoro en el palacio episcopal; pero el prelado á su vez se hallaba enteramente poseido por una melancolía febril, que concluyó por postrarle en cama á los dos ó tres dias..... Difícil seria pintar el sobresalto é inquietud que de repente se apoderó entonces del bondadoso Capellan de Su Il<sup>ta</sup>. Iba y venia, entraba y salia en todas partes, y en ninguna hallaba descanso. «¿Qué será del depósito si Su Il<sup>ta</sup>. fallece antes de restituirlo?» Tal era la pregunta que el Capellan se hacia á todas horas, porque un presentimiento funesto le decia desde lo íntimo de su corazon, «que jamás su ilustre protector ha-

bia estado tan peligrosamente enfermo como entonces.....» Así tambien lo habian comprendido sin duda los parientes más próximos de Su Il<sup>ta</sup>ma., pues empezaron á visitarle con más frecuencia que nunca. Esta particularidad alarmó doblemente al Capellan, quien por ello se decidió á hablar al Obispo.

—Señor—le dijo—por lo que Dios puede disponer..... y en todo caso por el mayor sosiego y tranquilidad de vuestra Il<sup>ta</sup>ma..... ¿no convendria remitir á su destino, *cuanto antes, lo que no pertenezca á la casa?*.....

Su Il<sup>ta</sup>ma. no contestó, contentándose con suspirar y dar la espalda á su interlocutor, diciendo para sus adentros: «¡Oh..... si yo hiciera lo que este majadero me aconseja..... se marcharian..... y no los volveria á ver más!.... No; yo no le niego lo suyo..... antes bien le daré de lo mio..... pero antes quiero ponerme bueno..... quiero verla..... nada más que verla, y despues que se marchen..... ¿Qué mucho es esto?.... Pero..... ¿y si mi enfermedad..... ¡qué disparate! No estoy tan malo como creen..... Nadie conoce su estado mejor que el enfermo..... y en todo caso mi intencion es hacerlo, y esto basta. Nada tiene de pecaminoso el que para ello espere á ponerme bueno.....»

Y así, engañándose á sí propio, y sucumbiendo á sus pasiones sin casi advertirlo, lograba el Obispo á duras penas algunos momentos de ficticia tranquilidad, que no bastaban sin embargo para aquietar del todo su conciencia, por más que lograran en cambio adormecerla.

No satisfecho por su parte el Capellan con el silencio de Su Il<sup>ta</sup>. en la ocasion presente, volvióle á repetir el mismo tema algunas veces más, hasta que incomodado el Obispo, le ordenó que callase llamándole *importuno*, *inconsiderado*, y otras cosas más que hicieron saltar las lágrimas al pobre favorito. Este obedeció, y aún hizo propósito de no volver á desplegar sus lábios, cuyo propósito no cumplió sin embargo por lo que vamos á referir (1).

«Sucedió que este criado *vió en sueños* á su señor, sentado en una silla y vestido de pontifical, á quien rodeaban muchos conejuelos negros que tiraban de sus vestiduras, y las mordían y despedazaban. Por el respaldo de la silla, estaba como en defensa del Obispo, un Fraile Menor, que espantaba y ahuyentaba á aquellos animales importunos; y el cual, volviöse luego al Capellan ó criado de Su Il<sup>ta</sup>. y le dijo:—Avisa á tu señor de lo que viste, y dile que procure tener verdadero dolor de sus culpas, y se prevenga con la confesion sacramental, porque muy en breve ha de morir; y sabe que estos animales son los demonios que con la accion que has visto muestran el poder que en él tienen, por el estado en que le hallan. Despertó el Capellan, y dió cuenta al Obispo de lo que pasaba; pero éste, *echando á risa lo que debiera moverle á compuncion*, respondió—que

(1) Lo entrecomado que sigue no sólo es histórico, sino que está tomado además literalmente de la Crónica de la S. Provinc de San Miguel; lib. 2.º, San Francisco de Ciudad-Rodrigo.

lo que le referia, eran delirios y fantasías del sueño; que él se sentia mejor de lo que pensaban, y no tenia necesidad de confesar.—Dejóle el criado, y se apartó con más dolor del engaño de su amo, que el que éste tenia de sus culpas.

De allí á tres dias, se le representó otra vision más horrible: vió al Obispo entre dos ferocísimos mastines negros, y de espantosa vista, que con rabiosa saña le despedazaban; y advirtió que el mismo fraile que antes habia visto, los echó de allí para que no lo acabasen de matar, volviéndole á mandar digese á su señor que se arrepintiese y confesase, porque ya estaba á las puertas de la muerte. Repitió el Capellán el aviso, y si antes fué recibido con risa y escarnio, ahora fué arrojado con indignacion por el obstinado enfermo, quien le prohibió el que volviera á verle..... Parece que por emulacion de la dureza humana, pretendia reducir á aquel pecador la piedad divina, pues sobre dos repulsas del aviso celestial, todavía intentó el tercero con nuevo y áun mayor prodigio. Mostróle al fiel servidor, despues de otros tres dias, y sobre un gran fuego, una caldera llena de pez y resina hirviendo, con muchos demonios, no ya en figura de animales comunes, sino en la de fieras y terribles monstruosidades, que tiraban del enfermo para sumergirle en aquel tormento. Y el Religioso que habia aparecido otras veces, ahora con demostraciones de mayor solicitud procuraba librarle y dijo al Capellán: *dile que San Francisco le dice que de aquí á la muerte, hay*

*en brevísimo espacio.... que se disponga para la jornada con penitencia y CONFESION VERDADERA.* Respondió el criado que veia la vision en sueños; Padre mio, una y otra vez lo he dicho, y echó mi aviso á burla y delirio: no lo diré, pues, la tercera si no me dais una señal á que no oponga réplica ni duda. Díjole el Santo Padre: «Mete un dedo en esta caldera de pez, y de ella teñido, muéstrasele al Obispo y dile: San Francisco, de quien siempre fuiste devoto, me mandó te amonestase de su parte que te confieses y hagas penitencia, que tu muerte será muy en breve..... y en señal de verdad muéstrale ese dedo.» Fué el Capellan y dió el aviso en la forma que el Santo le habia ordenado; mostró el dedo *medio quemado*; quedó el Obispo atónito y medroso del castigo: trató de la salud de su alma, mas no tan completa y radicalmente como debia, pues su arrepentimiento no llegó á ser perfecto..... ¡Tan de la parte del mundo *le tenia el peso de su ciego engaño!*.... Cumplióse el plazo, y llegando la hora que ménos esperaba, acabó la vida.

Los parientes y criados ocultaron su muerte por espacio de tres dias, por tener lugar de aprovecharse del espolio de la hacienda, que tal y no otro era el fin del cuidado con que asistian al enfermo, bien diferente del criado fiel que le amonestaba..... Este, por su parte, no queriendo presenciar tales horrores huyó de la casa, y presentándose á don Juan Fernandez de Sotomayor, le dijo lleno de sobresalto, de desesperacion y de amargura:

— ¡Señor, señor... Su Ilma., mi amo, ha muerto... se oculta su muerte... y, entretanto, sus bienes y los vuestros están siendo objeto del más infame saqueo!... ¿Qué hacemos? ¡Señor! ¿Qué hacemos?

Y el noble caballero respondió descubriéndose y persignándose con majestuosa resignación:

— Recemos por el alma del difunto y perdonemos á todos para que Dios nos perdone á nosotros.

~~-----~~

## CAPÍTULO IV.

### Muerte y resurreccion.

¡Qué bello tipo es el hombre religioso! Vedlo en don Juan Fernandez de Sotomayor, jóven y enamorado, amaba con toda la vehemencia de que es susceptible la primera edad de las pasiones. Sus únicos y ardentísimos deseos temporales estaban fijos en la posesion legítima de su adorada. La escasez de fortuna era el solo obstáculo que se oponia en su felicidad. Halla de improviso un tesoro que está pronto á serle entregado, porque es suyo, y su alegría, sin embargo, se traduce prácticamente en alabanzas al Señor y en propósitos de socorros, de caridad y de auxilios para con los pobres y necesitados. Tan luego como supo que iba á ser rico, empezó á indagar quién estaba menesteroso..... y no se permitió pensar en su próxima felicidad, sino despues de haberse propuesto el contribuir á la ajena. Pero, de pronto, sabe que sus bienes,

aquellos mismos que iban á realizar sus dorados ensueños, se están escapando de entre sus manos y desvaneciéndose como el humo sus ilusiones, merced á la apatía de un penitente omiso ó imperfecto, así como tambien á la capacidad de otras personas, y..... ¿Qué hace?.... *Rogar por el primero y perdonar á todos para que Dios le perdone á él.....* ¡Oh hermosa alma!..... ¡Oh corazon generoso!..... ¿Qué podrá ofrecer el mundo semejante á tí? Virtudes filosóficas. ¿Qué mezquinas sois ante las del hombre religioso!....

Y no se crea que el corazon de don Juan adolecia en poco ni en mucho del vicio de la insensibilidad. Todo lo contrario; aunque dotado de un valor heróico, lloraba como un niño á la simple vista del desgraciado, y si bien aparecia algun tanto más indiferente á sus propios infortunios, por regla general, el dia á que se refieren los hechos que vamos á describir era, sin embargo, excepcional para él. Su alma nada ba en amargura. Era el 9 de Mayo de 1343 (1). Dia fatídico para él..... En el propio dia (aunque en diversos años) se habia dado una injusta sentencia que habia hecho descender á sus padres desde el estado de la opulencia á una posicion casi humilde; en el propio dia habian perdido la existencia los autores de la suya; y en el propio dia tambien se vé obligado al presente á aban-

---

(1) Algunos cronistas suponen ocurrido el hecho principal de que vamos á ocuparnos el 3 y no el 9 de precitados mes y año.

donar la Ciudad que encerraba sus amores, y que tan cruelmente acababa de destrozarle el corazón con la terrible alternativa de un odioso desengaño, tras una hermosa esperanza. En mal día, pues, principiaba la vida aventurera de que por algunas horas creyó poder prescindir. Acompañado únicamente de sus tristes recuerdos, (pues para poderse entregar á ellos más libremente habia ordenado á sus criados que no salieran hasta el medio día, tiempo bastante para llegar al punto en que los esperaba, y en el cuál habian de pernoctar); atravesaba á caballo nuestro jóven el puente de Ciudad-Rodrigo, no sin volver con frecuencia la mirada hácia aquellos sitios que sucesivamente iba abandonando. Todo le hablaba en ellos: los árboles, las yerbas y las flores..... ¡Oh mes de Mayo!—pensaba aquel huérfano atribulado—¿por qué siendo tan hermoso, tienes para mí tantas espinas? Y una lágrima se desprendia de sus ojos con melancólico silencio. Pero todos los sentimientos humanos tienen un eco que les responda en las infinitas armonías de la naturaleza. El mundo se ha hecho para el hombre. Estad alegres, y no os faltarán pájaros que aumenten con sus cantos vuestras dichas. Llorad un infortunio, y vereis á la naturaleza asociarse á vosotros tristemente y mostraros la ajada y mústia corola de una flor ó el solitario lirio de los campos..... Pero dejemos á don Juan caminar tristemente y sin rumbo fijo, al parecer, víctima de sus aciagos destinos, y acudamos al magnífico Templo-Catedral donde el lúgubre tañido de las campa-

nas anuncia á los fieles que principian los funerales del Obispo don Pedro Diaz,

La concurrencia era numerosa en toda clase de edades, sexos y condiciones; y no parecia sino que Dios lo habia dispuesto así para mayor testificacion del prodigio que iba á tener lugar. Los cánticos sagrados retumbaban por las bóvedas del templo, y todos los fieles escuchaban sobrecogidos aquellas terribles palabras, tanto más conmoventes y sublimes, cuanto que eran pronunciadas en presencia de la muerte: *Regem qui omnia vivent venite adoremus.....* Pero de pronto, y cuando todo se hallaba en el más lúgubre silencio merced á una pausa del coro, la fetidez del cadáver desaparece instantáneamente, y una voz que sale del túmulo esclama:— «¡BENDITO EL DIOS DE LA RESURRECCION Y DE LA VIDA!!!» Y en el momento el Obispo don Pedro Diaz levanta la cabeza, y todos los concurrentes quedan inmóviles poseídos de un terror inmenso que no les permite separar la mirada del espantable prodigio, y ni aun siquiera recoger su aliento. Sólo un Capellan, que hasta aquel instante habia estado separado del concurso orando en una capilla del propio templo postrado ante una efigie de San Francisco, sólo éste, decimos, pareció no participar del asombro comun, pues que se dirigió hácia el túmulo con paso seguro y placentero rostro, cual si hubiera contado, ó á lo ménos esperado de ante mano aquel prodigio. El, pues, fué el único que ayudó á Su Ilma. á desembarazarse de sus vestiduras cuando para

hablar al pueblo abandonó el lecho de la muerte, y también fué él el primero en cuyos ojos se fijaron los del Obispo con indecible expresión de gratitud, de amor y de ternura. ¡Oh, el verdadero valor como la verdadera sabiduría y el amor verdadero, son patrimonio exclusivo de la fé!

Una vez de pié Su Il<sup>ta</sup>ma., hizo una breve oracion al Santísimo, y dirigió al pueblo estas palabras (1):

«Yo os digo la verdad, que fui muerto y ahora estoy vivo. Luego que salí de este cuerpo mortal, fui presentado delante del Tribunal del Juez verdadero. Allí se me pidió cuenta de todas las cosas *que por mí habian pasado*. Fui condenado á los fuegos eternos, por no haber tenido verdadera contricion *del pecado cometido cuando lo confesé en la última confesion que hice en lo postrero de mi vida*. Mas el bienaventurado San Francisco, de quien yo he sido con singular devocion siempre muy devoto, administrando á sus frailes largas limosnas, cuando me hube de morir, confié en el Señor que me habia de libertar por sus merecimientos, y así me libró de tantas miserias, y me alcanzó del Todopoderoso Dios *veinte dias de vida* para que de los pecados cometidos haga verdadera confesion y penitencia de ellos, **Y RESTITUIDO TODO AQUELLO QUE HUBIERE SIDO EN CARGO;** y cumplidos los veinte dias saldré de

(1) Testuales de la Historia de Ciudad-Rodrigo, por Antonio Sanchez Cabañas.

este siglo á gozar de la gloria, que Dios tiene prometida á los bienaventurados.»

Dichas estas cosas, el Obispo se hizo quitar sus vestiduras pontificales y salió del templo acompañado de su fiel Capellan, de los Canónigos y nobles de la Ciudad, y seguido por el pueblo, á quienes dijo al entrar en su palacio y despues de darle su bendición:

—¿Hay entre vosotros algun criado de don Juan Fernandez de Sotomayor?

Tres hombres se adelantaron y respondieron:

—Somos los criados de don Juan y de vuestra señoría.

—Pues bien: sé que vuestro amo está ausente, aunque no muy lejos todavía; que vaya uno inmediatamente y que le refiera lo que habeis presenciado, y le diga en mi nombre que espero verle hoy mismo. Se trata de su felicidad..... que tiene bien merecida.

Dos de los criados enmudecieron recordando la órden seca y terminante que su amo les dió de no salir hasta el medio dia, para cuyo tiempo faltaban todavía tres horas; pero el tercero, no parándose en tales pelillos, por lo mismo de que no temia el que nadie pudiera poner en duda sus profundísimos respetos y fidelidad, echó á correr diciendo:

—¡Yo, yo voy, señor, voy volando!.... ¡Viva San Francisco!

Este que así hablaba, habia sido un salteador..... Su Iltma. no pudo ménos de recordar en él al robador de la hija de don Alonso, y se sonrió al ver una transformacion tan be-

lla, y una obra tan hermosa de la caridad cristiana.

Acto seguido entró en su palacio, al que en breve hizo restituir cuanto del mismo se había estraído en los dias anteriores.

## CAPÍTULO V.

### Los camaradas.

Una hora despues atravesaba á todo escape la hermosa llanura de Collado un hombre de atrevido y formidable continente, de esos á quienes la gratitud y la religion han mudado el corazon, pero no su apostura ni su semblante. Fiero y áun terrorífico el que nos ocupa, veíase no obstante en él un ligero tinte de satisfaccion y de alegría, mezclada con una expresion de impaciencia que le hacia girar en torno sus miradas, cual si buscara con ánsia algun objeto cuya ausencia le inquietara, hasta el extremo de avivar cada vez más la carrera de su caballo. No bastando á calmar su impaciencia el movimiento, se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones y con una entonacion vigorosa: «¡Don Juan..... don Juan!.....» Nadie respondió á su primer grito; pero el segundo fué contestado por otro—¡Leopardo!.....—dije-

ron desde el pié de una bonita casa de campo que se destacaba á las inmediaciones del camino. El interpelado se fijó en el grupo que así le apellidaba, y estremeciéndose lijeramente como quien recuerda de un golpe una historia entera ya olvidada, pero de grandes sucesos buenos ó malos, se dirigió á él sin vacilar y sin dejar de correr, mas esclamando: «¡Oh..... camaradas!.....» Los aludidos le salieron al encuentro, y en un momento se vió rodeado por seis ó siete ginetes, cuyo mal talante se hacia más remarcable por la circunstancia de tener algunos vendada la cabeza y manchada la cara de sangre reciente.

—¡Dichosos ojos!—esclamaron los del grupo.

—Lo mismo digo, compañeros.

—¿Qué ha sido de tí, capitán Leopardo?.....

Dicen que te has hecho beato.....

—No, amigos..... lo que he hecho ha sido venir á buen camino, gracias á Dios y á un hombre que vale más que todos nosotros.

—Já, já, já..... lo dicho se ha hecho beato..... já, já.

El aludido que acababa en aquel momento de dar el último apretón de manos á sus compañeros, ofendido por aquella risa, frunce el entrecejo de una manera horrible, y adoptando de pronto un aire de mando que contrastaba con la familiaridad usada poco antes, esclamó con energía:

—¡Alto la risa!—dijo echando mano á su espada—¡A mí con bromas!.....

—Eh, señores—dijo uno, jefe de los demás al parecer—el capitán tiene razón..... cada uno

es libre..... y sobre todo ha sido nuestro amo..... debemos recibirle mejor.....

El capitán pareció calmarse, no tanto por esta satisfacción del jefe cuanto por la actitud asustadiza de aquella tropa, que al ver que la beatitud no había mudado la cara fea é imponente de Leopardo, retrocedieron ante su gesto iracundo y verdaderamente terrible, recordando en el acto la dureza de los puños de su antiguo capitán.

—Bueno, bueno, señores—dijo Leopardo tratando de reponerse—esto no es nada..... es mi génio que me hacia olvidar que tengo que pedir un favor.

—¡Oh..... también nosotros á tí!—contestó el jefe.

—Pues di lo que quieras Oso.....

—No, tu primero Leopardo.

—Yo..... que me ayudeis á buscar un sujeto por distintos caminos de aquí á la Sierra.

—Corriente..... pero antes tienes que ayudarnos á acabar con el Diablo.....

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Que hemos dado un golpe en vago.....

—Ya, ya supongo—repuso Leopardo señalando á los heridos—pero ¿qué más?

—Que estamos afrentados, y es menester vengarnos..... porque uno solo..... ¡el Diablo es por fuerza!.... nos ha estropeado á todos!.... y á no ser porque el Garduña le mató el caballo..... de seguro se nos escapa sin poderle tocar al pelo de la ropa..... ¡Oh es un demonio para el que no nos hubieran venido mal tus

puños, y para el cual los necesitamos ó, á lo ménos no están de sobra!.... ¡Ya, ya lo verás!....

—¿Pero dónde está? ¿Es jóven?—preguntó con apresuramiento Leopardo, que empezaba á inquietarse por su amo.

—Allí—le contestaron señalando la casa de campo—allí se retiró despues que perdió el caballo, defendiéndose á pié, y allí se ha guarecido colándose por una ventana baja, por la que entró de un brinco tirando á rodar la puerta y dejándonos á todos con tanta boca abierta.....

—¿Y le habeis asaltado?—preguntó con creciente inquietud Leopardo.

—A eso nos disponíamos, así como á registrar la maleta, cuando te oímos gritar y te reconocimos.

—Pues vamos allá corriendo..... tengo deseos de verle..... no puede ménos de ser él.....

—¿Cómo él?—preguntaron á coro varios ladrones; pero Leopardo no les contestó, y en ménos de un minuto se hallaba al pié de la ventana, gritando como al principio—don Juan..... don Juan.....

Un jóven de aspecto tan varonil como hermoso apareció entonces en la ventana, y aunque con la espada en la mano todavía, su risueño semblante mostraba bien claro que por aquella vez al ménos no se presentaba para hostilizar al enemigo sino para recibir al amigo.

—¡Ese, ese es!.... ¡A él Leopardo!—gritaron á un tiempo los ladrones aprestándose para trepar á la ventana.

—Alto, camaradas—dijo Leopardo con voz tan imperiosa que no admitía réplica.—Este es mi amo, y á mi amo no se le ofende..... ¡se besa, sí, la tierra que él pise, porque vale más que todos nosotros!....

Los ladrones retrocedieron por el pronto maquinalmente y como cediendo al ascendiente de aquella voz tan conocida. Pero aguijoneados por el deseo de venganza y picados de las palabras de Leopardo, replicaron:

—Poco á poco, compadre..... que ni tú eres ya nuestro capitán ni nosotros tenemos que ver nada con tu amo, quien valdrá más que tú; pero no por eso se ha de quedar sin pagar lo que debe.....—y trataron de abalanzarse á la ventana.

Pero interponiéndose de un salto Leopardo, exclamó levantando su espada—¡Ay del que se acerque á don Juan!

Los ladrones entonces se arrojaron sobre Leopardo gritando—¡Pues á él primero!

Mas en el acto cayó don Juan delante de ellos como una exhalacion diciendo á su vez—¡Ay del que toque á Adrian!

—¡Bravo!—prorrumpió Leopardo sin poderse contener—¡Cuando gustéis amigos!....

Los retados, sin embargo, comprendiendo intuitivamente el cambio de escena, que les presentaba juntos á los que no habian pensado acometer ni combatir sino en detal, se consultaron con una mirada, y hallándose todos admirablemente conformes, depusieron su ardor bélico y emprendieron la retirada al compás de los

desesperados silbidos de Leopardo á quien le quedaba no poca pena de que se le malograra tan bella ocasion de pelear al lado y en defensa de don Juan. Este se sonrió cariñosamente, y recostándose sobre el tronco de uno de los árboles que aún adornan la pintoresca casa del Collado, dijo á su criado:

—Si no me engaño, esta es próximamente la hora en que debias salir en mi seguimiento. ¿Qué motivo te ha obligado á adelantarte tan oportunamente, mi querido Adrian?

—¡Ah, señor!.... ¡Un milagro de San Francisco!.... ¡El señor Obispo os llama!.... ¡Ha resucitado!....

—¿Qué dices, hombre? ¿Estás loco?

—¡Loco....sí, de alegría!—y aquí Adrian refirió estensa y detalladamente á don Juan todo lo ocurrido, añadiendo de su cosecha lo siguiente:

—Ahora bien, señor; á mí el corazon no me engaña..... y él me decia que ibais á morir en Algeciras, porque allí no sirve el valor, pues segun me han asegurado esos malditos moros han inventado un arma (1) que mata sin presentar el cuerpo al enemigo..... arma de cobardes y demonios que apesta á azufre á la lengua, y que no deja al valiente otro camino que la muerte y la desesperacion..... Yo sabia, pues, todo esto; pero sabia tambien que era imposible deteneros, sino os lo mandaba Dios ó sus Santos,

---

(1) En este sitio se oyó por primera vez el estrépito de las armas de fuego.

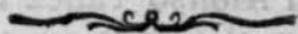
ó alguien del otro mundo..... Ved porque San Francisco ha dicho al Obispo: «Vuélvete por donde has venido, y manda á don Juan que se deje de moros y se quede entre cristianos.» ¡Ah don Juan!.... El señor Obispo no ha dicho todavía nada de esto..... pero estoy seguro que es lo que os tiene que decir..... y sino allá veremos..... á mí no me engaña el corazon.....

Don Juan que habia escuchado con religioso silencio á su criado, elevó al Cielo sus ojos cuando concluyó la voz de aquel, y doblando sus rodillas y descubriendo su cabeza, exclamó:

—¡Bendito seais Señor!.... Perdonad si he titubeado un momento..... No era que dudara de vuestro poder, sino que temía algun alucinamiento en este fiel amigo. Sé muy bien que la vida y la muerte están en vuestras manos..... ¿Quién que haya mirado una vez el gran milagro de la creacion, y el más grande todavía de la conservacion de lo creado, puede dudar que ese poder gigante es capaz de volver á la vida á esa pobre hormiga tan miserable como privilegiada que se arrastra por el polvo de la tierra? Sólo la miseria es capaz de dudar de la grandeza..... Sólo el gusano no concibe la fuerza del elefante..... Sólo al inmundo y estúpido cerdo no se le ocurre nunca el mirar al Cielo..... y sólo, en fin, á la mezquina inteligencia del impío le faltan alas para elevarse sobre el suelo..... Creo, creo, y quiero creer con más facilidad lo grande que de vos me cuenten, que lo grande que de los hombres me contaren; que creer con docilidad en la grandeza de lo grande, es rendir un tributo

á la sana inteligencia y buen juicio; y aceptar fácilmente las maravillas del hombre, es dar pruebas de ignorancia y necedad. Y, sin embargo, ¡de un invento extraordinario de la pobre inteligencia humana nadie duda, ó se cree con facilidad por inverosímil que aquel sea y por sospechoso el conducto que nos le comunica, siendo así que se tiene tanto escrúpulo en creer cuando se trata de Aquel de quien todo es creíble!.... ¡Miseria humana!.... ¡Mezquina inteligencia del hombre, tanto más nécia, cuanto más presumes de sábia é ilustrada. Creo, Señor, y como quien cree voy á obrar.....

Y diciendo esto se levantó don Juan, montó en el caballo de su criado y seguido de éste tomó el camino de la Ciudad,



## CAPÍTULO VI.

## Revelaciones.—Matrimonio.—Conclusion.

Anticipémonos á don Juan, y entremos en el palacio Episcopal. Los salones de Su Il<sup>ta</sup>. continúan atestados de gente que no se cansa de hablar y de preguntar pormenores del reciente prodigio, y que desean de nuevo contemplar al Obispo resucitado. Pero éste se halla encerrado hace un cuarto de hora en su gabinete conversando con el padre de doña María, ó sea el muy noble señor don Alonso Yañez Figueroa. Oigamos su diálogo en el estado en que lo llevan.

—He escuchado atentamente vuestra petición—decía don Alonso á Su Il<sup>ta</sup>.—y os concedo gustosísimo la mano de mi hija para vuestro protegido don Juan Fernandez de Sotomayor.....

Su Il<sup>ta</sup>. dió un salto de alegría y exclamó interrumpiendo á su interlocutor:

—¡Cómo!.... segun eso no es su pobreza lo

que ha motivado vuestra anterior oposicion, toda vez que yo nada os he dicho aún de que don Juan sea rico.

—Nada me ha dicho en efecto Su Il<sup>ta</sup>. sobre el particular; y aunque algo he llegado á saber de ello, no es esto lo que ahora me decide ni lo que antes me obligó á oponerme.

—No os comprendo don Alonso.....

—Me explicaré, Il<sup>to</sup>. Recien nacida mi hija, y cuando el placer de la paternidad absorbía mi corazon inclinándole á los arranques del entusiasmo, ví en una crónica de la familia que uno de mis abuelos habia recibido un favor inmenso del fundador del mayorazgo Fernandez de Sotomayor. Ese favor fué de tal importancia y trascendencia, que salvó el honor de la casa y el lustre de nuestra nobleza de una infame deshonra, de una injusta pero inevitable ruina..... Entusiasmado con lo que leia, y con más ligereza tal vez que prudencia, me resolví y aún hice voto formal en el acto de enlazar á mi hija con el representante de la casa Fernandez de Sotomayor; ó á lo ménos de no admitir ningun otro partido, sino en el solo caso de que dicho mayorazgo no admitiera la proposicion. Mi hija, pues, quedaba de este modo como vinculada á la voluntad de precitada familia, y aunque no quiero disimular ni disculpar en lo más mínimo la ligereza de mi proceder en semejante ocasion, debo sin embargo decir en mi abono, que en aquella época el que estaba indicado y reputado por sucesor de dicho mayorazgo, era nuestro protegido don Juan, niño aún, pero de pren-

das tan sobresalientes, que todo el mundo se complacia en elogiarle. En tal estado las cosas, trascurrió el tiempo, y mi hija llegó á la edad en que mi voto debia cumplirse; y ya me disponia á dar algun paso para ello con el padre de don Juan, cuando se les suscitó un pleito de sucesion, que terminó por desposeerle del mayorazgo. Este pasó á otras manos, y aquí empezaron mis perplejidades. El nuevo sucesor, viudo ya, me era casi desconocido, y los antecedentes que de él tenia eran poco favorables..... pero mi hija tenia en él un nuevo dueño..... Para colmo de mis penas, don Juan se enamora de mi hija y mi hija de don Juan..... Mas aún, Iltmo.; la suerte se complacia en hacer más angustiosa mi situacion. Don Juan, digno representante de sus antepasados, salva en cierta ocasion la vida y el honor de mi hija, y viene á poner este contrapeso más á mis irresoluciones. Mis simpatías, mi gratitud, el amor y las lágrimas de mi hija por un lado..... por otro..... ¡mi deber, mi voto! ¡Ah, Iltmo..... cuánto he sufrido!.... ¡Yo no sabia hacer más que negar y sufrir!.... A donde quiera que iba, allí iban las lágrimas de mi hija, don Juan y mis penas..... Por fin, vengo á esta Ciudad..... y aquí ¡gracias á Dios! han cesado mis sufrimientos, pues he sabido ayer que ha muerto el poseedor del mayorazgo, y que éste ha pasado á su única hija y heredera doña Juana, con lo que me creo ya libre en mi conciencia para hacer su felicidad y la mia accediendo á la demanda de vuestra señoría, con tanta mayor

satisfaccion por mi parte, cuanto que segun he oido se trata de hacer, ó se ha hecho á don Juan cierta restitution de conciencia, que creo puede sin temeridad en los juicios, calificarse por ejecutoria del mayorazgo Fernandez de Sotomayor, toda vez que.....

—Bueno, bueno..... dejemos eso y ocupémosnos de lo que importa, don Alonso—dijo Su Il<sup>ta</sup>ma. interrumpiendo á su interlocutor—vuestro futuro hijo entra en este momento por las puertas de la Ciudad..... Salid, pues, á recibirle, yo os lo ruego; y venid con él á verme inmediatamente.

Don Alonso salió con la sonrisa en los lábios y la alegría en el corazon; porque era padre é iba por la felicidad de su hija; y Su Il<sup>ta</sup>ma. le despidió desde la puerta, sentándose despues para esperarle.

Ocho dias más tarde, Adrian, el antiguo bandolero y ahora criado de confianza de don Juan, visitaba de órden de su amo, y una por una, todas las casas de los pobres, dejando á cada uno de estos un traje ó vestido nuevo y completo, cien reales en metálico y una papeleta de convite para la boda de don Juan Fernandez de Sotomayor con doña María Yañez Figueroa.

Veinticuatro horas despues *el Obispo resucitado* bendecia en la Catedral un matrimonio, que fué bendito tambien en el Cielo por Dios y por los pobres en la tierra.....

Copiemos ahora para concluir algunos testos históricos relativos á nuestro asunto; y que se leen en la Crónica ó Historia particular de esta

Ciudad, escrita por el Capellan don Antonio Sánchez Cabañas.

«..... Cumpliendo los veinte dias (de su resurreccion), el Obispo murió *sin tener enfermedad*, é hizo tal penitencia en estos dias, que mereció ir á gozar de los bienes celestiales. Mandóse enterrar en el crucero de esta Iglesia, y sus parientes le labraron un rico sepulcro, dibujando en el arca de piedra donde yace su cuerpo á Jesucristo y á los doce Apóstoles juzgando á las almas; y encima de la tapa del arca de piedra la figura ó retrato del Obispo vestido de Pontifical; y sobre el sepulcro en el lienzo de la pared hicieron una peana en la cual pusieron una imágen de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, metida en una caja, y á su lado la tabla escrita en pergamino que refiere este milagro, etc., etc.»

Esto en cuanto al Obispo don Pedro Diaz. Veamos tambien las noticias que de la familia Fernandez de Sotomayor y Yañez Figueroa nos refiere el propio historiador.

«Fray Fernando Yañez (dice), fundador de la órden de San Jerónimo en España, *fué hijo de don Juan Fernandez de Sotomayor y de doña María Yañez Figueroa, personas muy principales y ricas y muy favorecidas del Rey don Alonso el Onceno*; y así mandó que trajesen á su hijo Fernando Yañez Sotomayor á Palacio á ser paje del Príncipe don Pedro heredero de sus Reinos. Murió el Rey don Alonso, y luego empezaron las crueldades de su hijo don Pedro por las cuales hubo muchos alborotos y discordias en

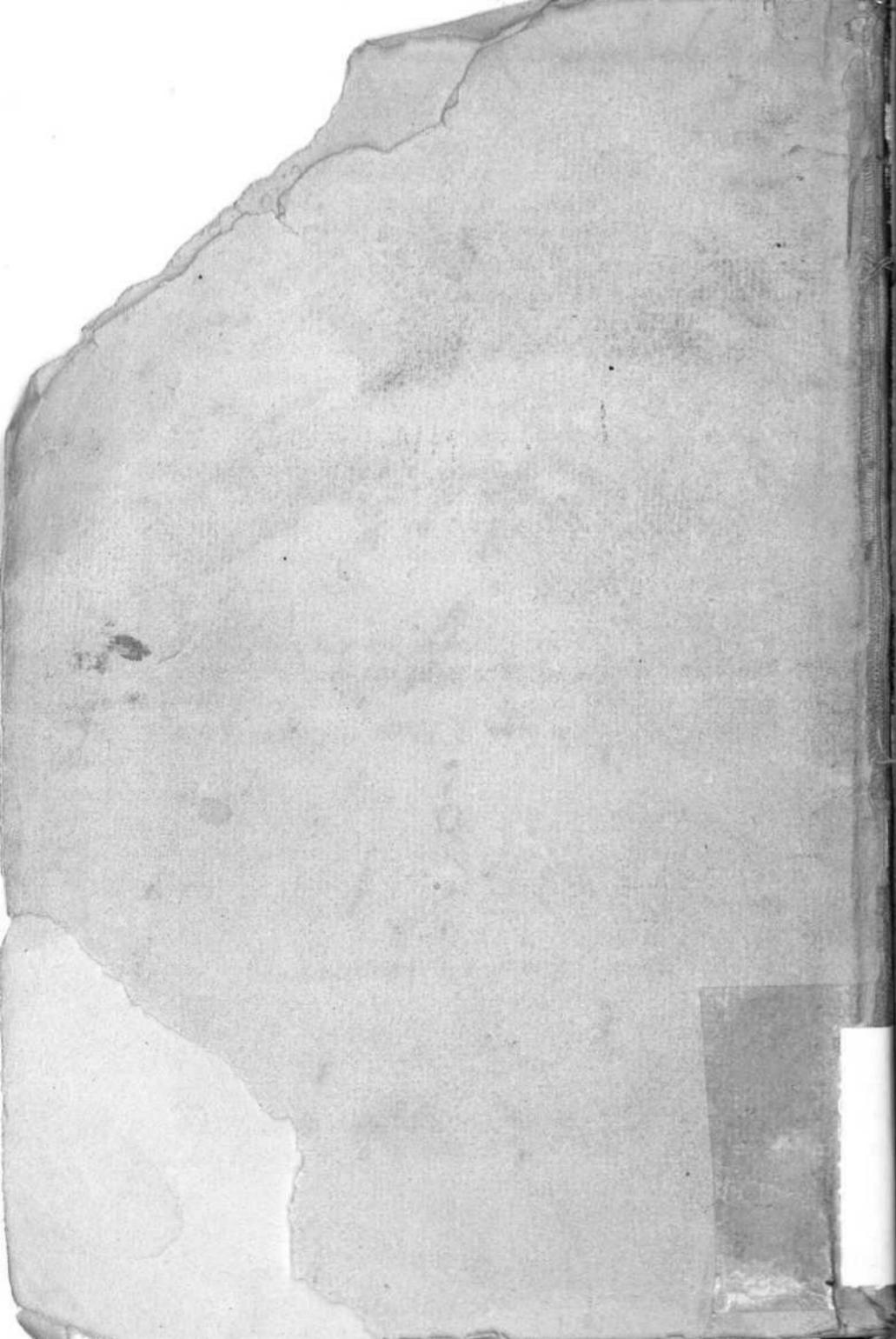
#### UN MILAGRO DE SAN FRANCISCO.

España. Todo lo cual viendo Fernando puso los ojos en otro estado más seguro. Su Rey don Pedro su propósito é hizole Canónigo de Toledo y Capellan mayor de los Reyes. Después de algunos dias lo dejó todo y se recogió á una ermita, porque las religiones de aquel tiempo iban muy de caida. Juntósele otro compañero camarero del Rey don Pedro y un hermano que era Obispo de Jaen, y se fueron á un monte cerca de Lupiana, Diócesis de Toledo, en donde está una ermita de San Bartolomé. Fray Fernando Yañez formó las constituciones para su instituto, y las envió á la Córte Romana donde fueron aprobadas por el Sumo Pontífice Gregorio XI, quien les confirmó la Regla del Gran Padre San Jerónimo el dia de San Lucas del año 1373; siendo la primera casa y Santuario de la nueva órden la de Nuestra Señora de Guadalupe, y su primer Prior fray Fernando Yañez.

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA LEYENDA.

España. Todo lo cual viódo Fernando  
 puso los ojos en otro estado, más seguro,  
 el Rey don Pedro en propósito á sí solo Canónigo  
 de Toledo y Capellan mayor de los Reyes. Des-  
 pués de algunas dias lo dejó todo y se recogió  
 á una ermita, porque las religiones de aquel  
 tiempo iban muy de caída. Juntábase otro com-  
 panyo canónigo del Rey don Pedro y un her-  
 mano que era Obispo de Jaen, y se fueron á un  
 monte cerca de Jaen, Diócesis de Toledo, en  
 donde está una ermita de San Bartolomé. Aya  
 quando Yñez tomó las constituciones para  
 su instituto, y las envió á la Corte Romana don-  
 de fueron aprobadas por el Santo Pontífice  
 Gregorio XI, quien les confirmó la Real del  
 Rey don Pedro San Jerónimo el día de San Blas  
 del año 1275; siendo la primera casa y santua-  
 rio de la nueva orden la de Nuestra Señora de  
 Guadalupe, y su primer Prior fray Fernando  
 Yñez.





G - 70099

s